Precio: UNA peseta

SAMUEL AGUADO ROJEL

EN MAR DE FONDO

COMEDIA

en tres actos y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1915



EN MAR DE FONDO

EN MAR DE FONDO

COMEDIA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

SAMUEL AGUADO ROJEL

Estrenada con extraordinario aplauso en el COLISEO IMPERIAL la noche de 29 de Noviembre de 1915



MADRID
R. VELASCO IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551
1915

A la Empresa y Artistas del Coliseo Imperial.

A la bondad de don Juan Alfageme; a la benevolencia de don José García Plaza; al arte incomparable de Matilde Asquerino; a la inspiración de Manuel Soto, y a la buena voluntad de todos, debo el éxito alcanzado en esta obra. Considero un deber hacer público mi agradecimiento: permitidme esta satisfacción, mis queridos amigos.

Vuestro compañero,

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES	ARTISTAS
PRUDENCIA, 26 años	Matilde Asquerino.
LA CONDESA DEL LAZO	María Millanes.
LA SEÑORA DE ALBASIERRA	Concepción Solís.
JULIA	Carmen Echevarría.
RITA	Almudena Ayala.
LUIS, 22 años	Manuel Soto.
DON PEDRO, 46 años (1)	Samuel Aguado.
ALBERTO	Manuel Alverá.
LETAR, 60 años (2)	Manuel Balmaña.
DON LIBORIO	Andrés Tobías.
ALFREDO	Rafael Torres.
JUAN	Pablo Alvarez Rubio.
UN CRIADO	Angel Valcázar.

La acción se supone en Madrid.—Epoca actual

Derecha e izquierda, las del actor

(1) Este personaje viste en el acto primero uniforme de coronel de la Armada.

(2) Este, toda la obra, uniforme de sargento de mar.



ACTO PRIMERO

Salón lujoso Puertas al foro, por las que se ven otros salones. A la derecha, dos balcones entre ellos, un piano. A la izquierda, dos puertas, entre éstas, chimenea, encima de ella, album de retratos cigarrera, etc. Cortinajes, arañas, etc., etc. Es por la tarde y va anocheciendo.

ESCENA PRIMERA

RITA y JUAN. Aparecen sentados indolentemente; aquél con un periódico y fumando

JUAN — Le digo a usted que este trabajo es superior a mis fuerzas.

RITA — Tiene usted razón.

JUAN — ¡Y tanto como la tengo! ¡Aquí no puede uno descansar un momento, ni fumar un cigarro con sosiego! (Encendiendo uno con mucha calma.) Esto es matarse.

RITA — ¡Yo sí que debía quejarme! Verdad es que la señorita es muy buena y muy generosa; pero estos bailes y estas reuniones la traen a una a mal traer. ¡Le digo a usted que estoy de bailes hasta aquí! (Llevándose la mano a la cabeza.)

JUAN — No se queje usted, amiga Rita, porque eso es lo único bueno que tiene la casa, lo que nos da importancia a todos. Yo no serviría en casa donde no se dieran bailes y *buffets*.

RITA — ¡Valiente importancia! ¡Para los señores!

JUAN Para todos. Y si no, lea usted los periódicos al día siguiente y verá como dicen: «En la escalera principal estaban formados numerosos criados que vestían la conocida librea de la casa.» Esto enorgullece, porque al fin hablan de uno y le dan categoría.

RITA Envanézcase usted con esos triunfos.

JUAN Y hablando de otra cosa. ¿Dice usted que esta tarde volvieron tan pronto del paseo los señores?

RITA ¡Ya lo creo!... Serían las cuatro.

JUAN ¿Cuando acababan de salir?

RITA Y la señora, venía muy pálida. Entró en su habitación con el señor y me mandó salir y no volver hasta que me llamara. Debe haber ocurrido algo.

JUAN El cochero nos lo dirá.

RITA Oiga usted. ¿Se sabe ya cuándo llega el padre del señorito?

JUAN Cualquiera lo adivina. Hace ya dos meses que se recibió la carta de Santo Domingo anunciando su vuelta; todos los días me manda el señorito al Ministerio a saber noticias, y nada se sabe. Solamente que salieron con rumbo a España, como dijo el Boletín. Acaso se hayan perdido por esos mares.

RITA ¿Usted conoce al padre del señorito?

JUAN ¿Cómo he de conocerle, si yo hace dos años que entré en la casa, y el señor hace lo menos diez que está en América?

RITA Ahí en el álbum estará su retrato.

JUAN No le busque usted; no hay ninguno en toda la casa.

RITA Dicen que es militar.

JUAN ¡Ya lo creo! Coronel de la armada, con infinidad de cruces y distinciones, ganadas en acciones de guerra. ¡Un héroe!

RITA ¿Y eso qué es?

JUAN Quiere decir, que es un valiente que peleó por la patria. Pero usted no entiende de estas cosas.

RITA Claro que no.

JUAN Usted no lee periódicos.

RITA ¿Y usted sí?

JUAN Antes que el amo: en cuanto los traen a

casa. (Fijándose en el periódico que tiene en la mano.) Y a propósito, vea usted lo que yo la decía: (Leyendo.) «Anoche asistimos a la magnífica fiesta ofrecida a sus numerosos amigos por los señores marqueses de Rocamar. No nos detendremos a describir las maravillas del arte que encierra su precioso hotel, pues es conocido de todos, si no por haberle visitado, por las reseñas de los periódicos. La señora marquesa, quiso encantarnos una vez más con su hermosura y con su exquita bondad.»

RITA ¿Y hoy es el último viernes de la temporada?

JUAN Claro. Como proyecta el señor un viaje, hoy se cierran los salones.

RITA Gracias a Dios. Así podremos descansar; porque no se puede vivir con este trabajo.

JUAN Sin un momento de calma.

RITA Es insufrible. (Suena un timbre primera derecha.)

JUAN Insoportable.

RITA Llama la señorita. (Vase primera derecha.)

JUAN Yo me voy a hablar con el cochero. (Vase foro izquierda.)

ESCENA II

LETAR y un CRIADO, foro

CRIADO Pase usted y tenga la bondad de esperar, mientras paso recado.

LETAR ¿Dice usted que ésta es la casa de don Luis de Vives, marqués de Rocamar?

CRIADO La misma.

LETAR No le extrañe mi insistencia. Pudiera equivocarme y lo sentiría. ¡Hace tantos años que no lo veo!...

CRIADO Estoy seguro que busca usted a mi amo. Quizás traiga noticias del señor coronel, su padre, que estaba en América.

LETAR Esa es la consigna.

CRIADO ¡Cuánto me alegro! ¿Y diga usted, se sabe ya?...

LETAR Avise usted al señor marqués.

CRIADO ¡Qué grosero! (Aparte. Vase segunda izquierda.)

LETAR Esta es su casa. Cuánto lujo. Aquel rapaz tan travieso, es todo un hombre. Ya sale.

ESCENA III

DICHO. LUIS y un CRIADO, salen por la segunda izquierda. El Criado vase foro

LUIS ¿Dónde está, dónde está? (Dentro.)

LETAR ¿Será él?

LUIS Dicen que usted me busca, que trae noticias de mi padre.

LETAR ¡Luis! (Abriendo los brazos; luego se detiene al ver la indiferencia de Luis y dice tristemente.) ¡Señor marques!...

LUIS Hable usted.

LETAR ¡Y nada para mí! Ni un recuerdo guarda usted del pobre Letar.

LUIS ¡Cómo! ¿Usted es?... ¡Mi viejo marino! ¡Ven a mis brazos! (Se abrazan.)

LETAR ¡Así, así! ¡Esto ya es vida; voto a un trinquete! ¡Ahora ya puedo hablar!

LUIS ¿Y mi padre?

LETAR Esta noche llegará a Madrid.

LUIS ¿Aquí?

LETAR Sí. Salimos hace tres meses con viento fresco de Santo Domingo; navegamos muchos días con mar gruesa, cambió el tiempo, vino la borrasca; perdimos el timón, se abrió una vía de agua en la quilla y sin esperanza estuvimos dando a la bomba: el viento venía de proa, y rendidos y a merced de las olas, pasamos largo rato, hasta que al fin distinguimos un buque inglés. Pedimos socorro; nos oyeron y a remolque entramos ayer en Coruña. Mi coronel me dijo: Corre a Madrid, busca a mi hijo, y anúnciale mi vuelta.

LUIS ¡Oh, qué grata noticia!

LETAR Yo corrí anhelante. Decirme a mí que viniera a los brazos de mi hijo... Perdone el señor marqués. ¡Como a un hijo le he querido; para mí fueron sus primeras caricias,

mi Luis era mi dicha! Decirme que viniera a verle después de tantos años...

LUIS. ¡Mi viejo amigo!...

LETAR Era cuanto ambicionaba. Cuando luchaba contra el enemigo o con las olas embravecidas, llegué a sentirme cobarde alguna vez, ¡qué vergüenza! ¡temí por mi vida!... Pero morir sin volver a ver a mi Luis, hubiera sido una muerte de desesperación. Verle hecho un hombre, envidiado del mundo, noble como su padre y como él honrado, fueron siempre las ilusiones de este viejo marino.

LUIS Y las de tu hijo, estrecharte otra vez en sus brazos.

LETAR Ya puedo morirme; ya nada deseo.

LUIS Ven, te presentaré a mi esposa.

LETAR Ya sé que se ha casado el señor marqués.

LUIS ¿No soy tu hijo? Trátame como tal.

LETAR ¡Oh, gracias!

LUIS Me casé hace dos años.

LETAR Y... ¿tendré que mecer algún angelito?

LUIS No, querido Letar, todavía...

LETAR Aquí están los brazos del abuelo.

LUIS Estarás cansado, ven...

LETAR No puedo detenerme; tengo órdenes que cumplir. Luego vendré con tu padre.

LUIS ¿A qué hora llegará?

LETAR Creo que a las diez.

LUIS Iremos a esperarle los dos. Ven a buscarme.

LETAR No me haré esperar. ¡Adiós, hijo mío! (Se abrazan.)

LUIS ¡Adiós, querido padre!

(Vase Letar.)

ESCENA IV

LUIS. PRUDENCIA, primera izquierda

LUIS ¡Prudencia! ¡Prudencia! (Llamando.)

PRUD. ¿Qué te pasa?

LUIS ¡Mi padre! Tengo noticias de mi padre. Esta noche llegará a Madrid. Acabo de hablar con Letar, aquel viejo marino de quien tanto te he hablado; mi padre le envía.

PRUD. ¡Qué dicha! ¿Y cuál fué la causa de su tardanza?

LUIS Un temporal. Ya se contaban perdidos, cuando un buque inglés les dió auxilio. Yo he de ir a la estación a las diez. Nuestros convidados habrán de dispensarme.

PRUD. Seguramente.

LUIS ¡Mi padre! ¡Ay, esposa mía; tú no sabes cuánto le quiero! Yo fuí para él un ídolo Mi buena madre murió dejándome muy niño; él consagró a mí su existencia. Parecía que con lo inmenso de su cariño, quería cubrir el vacío que la muerte de aquella santa había dejado en mi corazón. En un tiempo, quiso que fuera marino como él. «Mi hijo, repetía, mi querido hijo surcará las olas del mar; mi valiente Luis se aproximará más al Dios de los libres, al Dios de los buenos, en medio de ese elemento, que no entre la muchedumbre de bandidos de todas condiciones que pueblan la tierra». Mis inclinaciones me llevaron a contrariar su deseo, cedió al mío, y cuando algunos años después le contaba los triunfós de mi carrera y el título que había alcanzado, me escribía orgulloso: «Eres digno de mí, hijo mío; tú haces la dicha de tu padre». ¡Yo he sido su religión, su ser, su vida! ¡Mira si es justo que le pague con igual cariño!

PRUD. ¡Cuánto deseo conocerle! ¡Le quiero tanto!...

LUIS Sí, esposa mía; tú eres muy buena; en ti caben todos los afectos purísimos. Pero el tiempo pasa, nuestros convidados no tardarán Esta noche presentaré a mi padre en la reunión. Esta es noche de inmensa dicha; que mi padre la vea reflejarse en nuestros semblantes, y goce viendo la felicidad de su hijo. Cuando le anuncié nuestro casamiento sintió mucho no poder venir. ¡Desea tanto conocerte!

PRUD. ¡No más que yo a él!

ESCENA V

DICHOS. JUAN. Luego ALFREDO, foro

JUAN — Señor.

LUIS — ¿Qué es eso?

JUAN — Don Alfredo Albéri, desea ver a su Excelencia.

LUIS — ¡A esta hora!... Alguna embajada como suya.

PRUD. — Recíbele. (A Juan.) Que pase.

(Vase Juan.)

LUIS — Es un tipo tan especial. ¡No puedo hablarle sin violencia!

PRUD. — Te dejo. (Va a marcharse.)

LUIS — Ya está aquí. (Deteniéndola al ver salir a Alfredo.)

ALF. — Pido mil perdones si soy molesto, pero la impaciencia... Me doy la enhorabuena y a usted también se la doy, señora marquesa. Afortunadamente no nos ha dado usted qué sentir. Diré a ustedes la causa de mi visita Primeramente saber de su importante salud, pues he llegado a temer por ella. Me hallaba con un amigo en el paseo de coches del Retiro precisamente cuando sufrió usted aquella indisposición y pude observar .. Se puso usted demudada! Vi marchar su coche a escape y hubiera sido faltar a los deberes de la amistad no acudir inmediatamente a su casa.

PRUD. — Doy a usted las gracias por su interés, pero...

LUIS — No fué nada, querido Alfredo, mi esposa está bien; un ligero vahido sin consecuencias.

ALF. — Me congratulo de ello Y ya que es así, paso al segundo punto de mi visita. Quiero, cumpliendo un deber de cortesía, pedir a ustedes permiso para traer esta noche a su reunión a un amigo.

LUIS — Los amigos de usted, lo son míos. No necesita usted permiso viniendo a su casa.

ALF. Tantísimas gracias. Mi amigo es un extranjero llegado hace poco de Francia; viaja por distracción; no ha estado nunca en España y desea frecuentar los salones. El es quien me acompañaba esta tarde.

LUIS ¿Y se llama?

ALF. Alberto Copyl.

PRUD ¡El! (Aparte, con gran espanto.)

LUIS Dígale usted que esta casa es suya y tendré a honra su visita.

PRUD. Luis, pero un extranjero... (Aparte.) ¡Qué iba yo a hacer!

LUIS Es amigo de Alfredo.

PRUD. (Dominándose.) Sí... quiero decir que un extranjero en una reunión tan íntima como la nuestra...

ALF. El habla admirablemente el español. Yo le conocí en una ocasión lamentable para mí. Paseaba un domingo por la Castellana sobre mi potro Lucero, vi llegar el coche de los señores de Alar y me volví para saludarlos; en aquel momento, otro coche rozó la testuz de mi caballo que se asustó y dió un terrible bote; yo soy buen ginete, pero no pude resistir y caí al suelo entre los coches, que hubieran pasado sobre mí, si Alberto, que todo lo había presenciado, no acudiera en mi socorro; él lo hizo así, librándome de una muerte cierta. De la gratitud nació la amistad, y hoy le tengo por uno de mis mejores amigos.

LUIS Ese rasgo demuestra gran corazón. Ya deseo conocerle; un hombre así es digno de aprecio. ¿Verdad, Prudencia?

PRUD. Sí, es noble acción.

ALF. Con su permiso me retiro. Mi tío me espera. Hasta luego, mi distinguidísima señora. Adiós, mi querido marqués.

LUIS Siempre suyo. (Le acompaña hasta el foro por donde se va Alfredo.)

PRUD. (Sola y aparte.) ¡Dios mío! ¡Ese hombre aquí! ¡En mi casa! ¡Qué hacer!

ESCENA VI

PRUDENCIA y LUIS

LUIS — Lo que yo te decía: una necedad de ese simple. ¿A qué viene pedir un permiso que no puede negarse sin afrentar?

PRUD. — No puede negarse... es verdad; pero así admitimos en casa a un desconocido y en nuestra intimidad a un hombre que acaso sea indigno de aprecio. ¡Ay, Luis! Cuánto deseo retirarme de esta sociedad en que vivimos, donde no se conoce a nadie, y sin embargo llamamos amigos a todos y estrechamos su mano Yo sería más feliz en el olvido de la clase media. Un modesto empleado, un pobre artista, reune en su casa tres o cuatro amigos, pero sabe que lo son verdaderamente, conoce su vida entera. En nuestras reuniones todo está salvado con dos palabras: «Es amigo de Fulano.»

LUIS — Tienes razón, pero no está en nosotros evitarlo. Tú quisieras...

PRUD. — Yo quisiera tener libertad para cerrar las puertas de mi casa, a quien juzgara que no debía pasar sus dinteles.

LUIS — Nunca te he visto así. Ese extranjero...

PRUD. — Ese extranjero no sabemos quién es, ni debía...

LUIS — ¡Prudencia!

PRUD. — (Aparte.) ¡Torpe de mí! (A él.) No me hagas caso, Luis, estoy tan nerviosa... (Sale un Criado y da luz en todos los salones.) que la más leve contrariedad me altera. ¡Ay! Ya empiezan a llegar los invitados. Termino en breve, querido esposo; discúlpame con los amigos. (Vase primera izquierda.)

ESCENA VII

LUIS. La CONDESA y JULIA por el foro

LUIS — ¡Pobre esposa mía! ¡Era tan feliz en su casa ignorada de todos! Ya me figuraba yo que esta vida acabaría por serla insoportable.

(Salen la Condesa y Julia.) Señora... (Dándole la mano.)

COND. ¡Mi querido marqués!

LUIS ¡Señorita! (A Julia.)

COND. ¿Y su esposa? (Se sientan.)

LUIS Ruego a usted la dispensen un momento.

COND. ¿Pero está buena?

LUIS Sin novedad.

COND. Si no se puede creer nada de lo que dicen. Nos habían asegurado que estaba enferma.

JULIA Como que creímos que suspenderían ustedes la reunión.

LUIS Afortunadamente no es así.

COND. ¡Cosas de Alfredito!

JULIA Perdone usted, tía; no ha sido Alfredo, fué Juanito Perales quien me dijo al pasar: ¿Sabe usted la novedad?—¿No?—Pues la marquesa de Rocamar ha sufrido tan fuerte ataque en el paseo, que todos temen por su vida.

COND. Nada, que es un escándalo las mentiras que se cuentan.

LUIS Para eso está el buen juicio de no creerlas. Apuesto que ustedes no darían crédito...

COND. ¡Calle usted, por Dios, querido marqués! ¡Si todos pensaran como yo, qué poco medraría la mentira! Y es natural. Como he visto tanto en este mundo, conozco en seguida de qué pie cojea cada uno. Y a pesar de ello, soy de opinión que las mentiras se inventan más que nada, por distraerse, porque de algo se ha de hablar, pero niego que sea por mala intención, ni por deseo de hacer daño. ¿Si el mundo fuera como se dice, se podría vivir en él? Tendriamos que irnos a un desierto las personas decentes.

LUIS Es claro.

COND. Sin ir más lejos; acabamos de encontrar a Prieto y ha tenido la desfachatez de decirnos.—Si no se comprenden ciertas cosas.—¡Pues no se empeñaba en convencerme de que Luisita Palmira, una niña que ha sido condiscípula de esta, se ha escapado por el balcón de su casa saltando al coche de Eduardo Mirete que la esperaba, y que los dos han desaparecido! ¡Cómo he de creerlo!

LUIS — Naturalmente; el que es bueno, no puede creer el mal.

COND. — ¡Ya ve usted, una niña compañera inseparable de mi sobrina!

JULIA — Y nos queríamos tanto, que no tenía secretos para mí. Ya sé que ama a Eduardo, pero no la creí capaz...

COND. — ¡Quita, niña, por Dios! Ni nadie.

LUIS — Es una infamia; pues a la mentira se agrega el escándalo.

COND. — Y lo que yo digo; ¡si pudiera estar oculto! ¡Pero esto de que lleguen estas cosas a oidos de jóvenes inocentes!... ¡No puedo remediarlo, lo que más me incomoda es que me lo cuenten delante de mi sobrina!

JULIA — No tenga usted cuidado, tía, ya sé yo distraerme cuando hablan de cosas que no debo oir.

COND. — Eso sí, esta es la bondad y la inocencia personificadas. ¿Creerá usted, mi querido marqués, que teniendo dieciséis años no ha tenido ningún novio todavía? ¡Pero cómo, si tiene horror a los hombres!

LUIS — Pues ¿y Alfredito?

COND. — ¡Alfredito! Ese es moro de paz. Es cierto que le gusta mi sobrina, pero ella...

LUIS — Todos dicen...

JULIA — Y nadie lo sabe.

ESCENA VIII

DICHOS y PRUDENCIA primera izquierda

PRUD. — Querida Condesa. (Saliendo.)

COND. — ¡Marquesa!

PRUD. — Monísima, monísima. (A Julia.)

JULIA — Este color me sienta muy bien, según dice Alfredo.

COND. — ¿Con que afortunadamente no fué nada lo de esta tarde?

PRUD. — ¿Saben ustedes?...

LUIS — Todo. Y hasta temían que suspendiéramos la reunión.

PRUD. — ¡Qué disparate! ¡Fué un vahido nada más!

COND. — ¡Como se miente tanto! Hay personas que

sólo viven inventando mentiras. La dijeron a Julia que estaba usted enferma de gravedad.

PRUD. ¿Y quién lo dijo?

COND. Juanito Perales.

JULIA Pero a él se lo había dicho un amigo de Ramiro Puente, a quien se lo dijo el hermano de Carmencita Santurce, que se lo oyó decir... a no sé quién.

LUIS Sí, la cadena de siempre. Y vaya usted a averiguar dónde nació la mentira.

PRUD. Lo importante es que lo sea. No demos valor a lo que no lo tiene. ¿Estuvieron ustedes en la tertulia de los señores de Cienfuegos?

COND. Sí, marquesa, aunque contra mi voluntad; por dar gusto a Julia

PRUD. Yo sentí mucho no poder ir.

COND. Pues no perdió usted nada. Es una reunión enfadosa.

JULIA Diga usted que es cursi, tía.

COND. Tanto no quería yo decir; pero ya que lo has dicho, será preciso darte la razón. Si todos pensaran como yo, no habría jamás disgusto alguno. Por cierto que fué un escándalo. Figúrense ustedes que en la misma reunión y a dos pasos de los dueños de la casa, estaban en un grupo comentando: que si los señores de Cienfuegos son nobles sólo por su riqueza; que si han pertenecido a la clase más baja del pueblo; que si toda su fortuna la deben a la usura... ¡qué sé yo qué más! Ya ven ustedes, yo nada he creído, y por nada del mundo repetiría lo que decían; pero me molesta mucho oir hablar de ese modo.

PRUD. Cuánto celebro que no asistiéramos.

COND. Y lo más indigno fué que estando en esta conversación, se acercó la señora de la casa y allí fueron los elogios y las adulaciones.

JULIA Sin embargo. Alfredo me dijo que mi vestido era más bonito que el de doña Isabel.

COND. En eso no había duda. ¿A quién se le ocurre adornar un vestido color naranja, con azul pálido?

PRUD. Ya sabe usted que respecto a gustos...

COND Es donde se revela la condición de cada uno.

ESCENA IX

DICHOS, ALFREDO y ALBERTO foro

ALBERTO ¡Señores!..

ALF. Mi querida marquesa... condesa... Julita... (Saludando.) Tengo el honor de presentar a ustedes a mi estimado amigo don Alberto Copyl, de quien ya les he hablado. (A Alberto.) La señora marquesa de Rocamar.

PRUD. (Aparte, aterrada.) ¡El!

ALBERTO (Saludándola.) Señora...

ALF. La señora condesa del Lazo. Su sobrina Julia.

ALBERTO Señora... Señorita...

ALF. Mi particular amigo el marqués de Rocamar. (A Alberto.)

ALBERTO Tanto gusto. (Se dan las manos y siguen hablando en voz baja.)

COND. (Aparte a Julia.) Niña, ¿conoces a este señor?

JULIA No, tía. (Aparte a ella.)

COND. Es muy simpático.

JULIA Ya lo creo.

COND. (A Prudencia que se ha quedado ensimismada, tocándola en el hombro.) Perdone usted, marquesa.

PRUD. (Asustándose.) ¡Qué!

COND. Nada. (Aparte.) (Se ha asustado.) (A ella.) No crea usted que yo trato de saber... ¡líbreme Dios! pero como luego resulta que no sabe una quiénes son sus amigos...

JULIA ¿Es casado ese señor?

PRUD. No lo sé. No le conozco.

JULIA Pues es extraño.

PRUD. (Alterada.) ¡Cómo!

COND. Cuando le recibe en su casa...

PRUD. Es amigo de Alfredo.

COND. (Aparte.) (Aquí hay algo.)

LUIS (A Alberto.) ¿Y piensa usted continuar sus viajes?

ALBERTO Creo haber llegado al fin de mi expedición. (Siguen hablando.)

JULIA (Que ha estado haciendo señas a Alfredo, no puede resistir más y le llama.) Alfredo...

ALF. Señorita. (Acercandose.)

JULIA ¿No nos dice usted nada?

ALF. Que está usted divina.

JULIA Adulador.

PRUD. (A Alfredo.) ¿Y su tío de usted?

ALF. No me le nombre usted, marquesa. Eso no es un tío; eso es una calamidad: no me deja un momento. Empeñado en hacerme célebre, en que soy un genio. Verdad es que yo cultivo la poesía con algún provecho y que no desconozco la música; pero de esto a compararme con Bellini y Espronceda...

JULIA Cuando él lo dice...

ALF. Señorita ..

PRUD. Menos modestia. Ya sabemos que es usted un verdadero poeta.

ALF. Señora...

COND. Y autor dramático. Su tío nos ha dicho que pronto le estrenarán un drama.

ALF. Mi tío...

JULIA Todo se sabe.

PRUD. Además su tío es persona ilustradísima.

ALF. Si yo no le quito su mérito, que lo tiene; ni su talento, del que no carece; lo que lamento es su exagerado entusiasmo que no me deja sosegar. Tuvo la feliz ocurrencia de aprender taquigrafía y siempre va detrás de mí con el papel y el lápiz en la mano, para que no se pierda ni uno solo de mis sublimes pensamientos, según dice él.

JULIA Y todos cuantos conocen a usted. (Viendo salir a don Liborio y retirándose al foro.)

ALF. Pero ya está aquí.

ESCENA X

DICHOS y DON LIBORIO, foro

LIB. Señores. Señoras. Queridísima marquesa. Condesa... Julita, siempre divina. (Saludando a todas.)

LUIS Mi buen amigo.

LIB. Marqués. ¿Y mi sobrino; han visto ustedes a mi sobrino?

ALF. Aquí estoy, querido tío.

LIB. (Yendo a buscarle y abrazándole con gran efusión.) ¡Asno! ¡asno! ¿Creías que no daría con ella?

TODOS ¿Cómo?

LIB. Perdonen ustedes, les contaré el caso. Este perillán estaba escribiendo esta tarde; entré en su escritorio y por un rasgo de modestia, que le honra, ocultó lo que escribía, no sin que yo lo advirtiera; revolví los papeles y dí por fin con esta agudísima charada que quiero que conozcan ustedes. (Sacando un papel.)

ALF. Pero tío.

LIB. Nada, no hay escape. Oigan ustedes. (Leyendo.)

Mi primera en la baraja
también en el dominó,
mi segunda ¡pena grave!
si contestan a mi amor.
Mi todo animal mansísimo
con más paciencia que Job.

JULIA (Que ha estado buscando la solución en voz baja.) Asno.

LIB. Lo que yo le he dicho a éste. ¡Pero qué facilidad tiene para hacer charadas!

COND. Y usted para descifrarlas.

LIB. (Volviendo el papel.) Calle, no había reparado; si hay más; oigan ustedes. (Leyendo.)

Mi todo animal mansísimo
con más paciencia que Job;
pero aquí viene mi tío
que es la segunda edición.

TODOS ¡Ja, ja, ja! (Riendo.)

LUIS ¡Qué ocurrencia!

LIB. Muchacho.

ALF. Usted lo ha querido. Los secretos del escritorio son sagrados.

COND. (A don Liborio.) Estos muchachos tienen una gracia... Crea usted que los dos últimos versos son los que me han hecho feliz.

LIB. Y a mí también. (Durante todo el diálogo anterior, Alberto se ha retirado al foro observando a Prudencia y en este momento viene a su lado.)

ALBERTO Señora marquesa. (Aparte a ella.)

PRUD. Caballero...

ALBERTO Perdone usted una pregunta. ¿Ha estado usted en Roma?

PRUD. ¡Hermosa ciudad! Bien a mi pesar, no la he visitado nunca

ALBERTO ¿Nunca? Conocí allí hace algún tiempo a una dama en extremo parecida a usted; tanto que su vista me hizo recordarla.

PRUD. No es extraño. ¿Usted viene de Francia?

ALBERTO Sí, señora.

PRUD. ¡Ha viajado usted mucho!... ¡Ah! ¡Los viajes serían mi delicia! Ya se ve, toda mi vida sin salir de España. El verano en San Sebastián, el invierno en Madrid y así un año y otro... ¡me aburre tanta monotonía!

ALBERTO Verdaderamente es triste. Los viajes engrandecen el alma, marcándole nuevos espacios. Yo nací en Londres; largo tiempo viví en Biarritz, y después he recorrido media Europa.

PRUD. ¿Y piensa usted marchar pronto de España? Esto le parecerá mezquino.

ALBERTO No sé. Acaso vuelva a mi país natal para poner término a mis viajes. (Siguen hablando.)

JULIA (Aparte a ésta.) Tía, mira cuánto hablan la marquesa y ese señor.

COND. Cállate, niña.

ALF. ¡Ah! Me olvidaba contar a ustedes el último lance de la semana.

TODOS ¿Cuál?

LIB. Papel y lápiz. (Sacando ambas cosas y preparándose a escribir.) Ya estoy en mi elemento.

ALF. La boda de la señorita de Salazar, con el distinguido ingeniero don Emilio Gálvez.

COND. Perdone usted, Alfredo; esa noticia ya la sabemos todos. Más grave es lo que se cuenta de la señora de Albasierra.

ALF. ¿La viuda?

COND. A mí me han asegurado que es soltera.

ALF. Cualquiera adivina lo que son algunas mujeres.

JULIA Como pasa de los cuarenta, dice que es viuda, porque no digan que no ha encontrado con quien casarse

LUIS Señorita, ¡por Dios!...

JULIA Y si es verdad, ¿por qué no se ha de decir?

ALF. La verdad es que se casa.

JULIA ¿Con quién?

ALF. Con el arrendador de sus tierras.

JULIA ¡Con un campesino!
COND. ¡Un labriego cerril!
LUIS (A Prudencia.) ¿La has invitado?
PRUD. Sí.
COND. A ser cierto, no se la debía admitir en ninguna parte.
JULIA Ni saludarla.
ALF. Ni mirarla a la cara. (En este momento entra la señora de Albasierra. Todos se levantan y van a recibirla con grandes demostraciones de afecto.)
TODOS ¡Señora de Albasierra!

ESCENA XI

DICHOS y la SEÑORA DE ALBASIERRA

ALB. Señores...
COND. Querida amiga. (Obligándola a sentarse donde ella estaba.)
JULIA Doña Isabel. (Besándola.)
PRUD. Señora.
COND. Aquí a mi lado.
ALF. Ya creíamos no tener la dicha de ver a usted por aquí.
ALB. Creí no venir. (Se sientan todas.) ¿Y qué tal, niña? ¿Cuando nos casamos?
JULIA No tengo prisa.
ALF. (Aparte.) (Mentira.)
ALB. Alfredito; ¿y usted qué dice a esto?
ALF. Yo...
LIB. Mi sobrino se debe a las artes, y el amor es enemigo de ellas.

ESCENA XII

DICHOS, JUAN, luego un CRIADO

JUAN Señor.
LUIS ¿Qué ocurre?
JUAN Ese señor viejo que estuvo antes, espera al señor marqués.
LUIS Que aguarde un momento. (Vase Juan.) Señores; tengo que dar a ustedes una noticia y pedirles un favor. Hoy he recibido nuevas

de mi padre. Esta misma noche llegará a Madrid, y tendré el honor de presentarle a ustedes.

COND. El honor será nuestro.

LIB. Tendré un gran placer.

ALF. ¿Viene de América?

LUIS Sí.

JULIA Tendrá mucho que contarnos.

LUIS Suplico a ustedes que me dispensen.

ALB. No faltaba más.

CRIADO (Apareciendo foro derecha) Cuando los señores gusten. (Vase.)

PRUD. Vamos, señores. (Alberto da su brazo a Prudencia. Don Liborio ofrece el suyo a Julita, pero ésta, que ya ha tomado el de Alfredo, le indica que se lo dé a la Condesa, don Liborio lo hace contrariado y dándole el otro a la señora de Albasierra vase por el foro. Julia y Alfredo que iban los últimos, vuelven a escena.)

ALBERTO Marquesa.

LIB. Julita.

JULIA Llega usted tarde. Tía...

LIB. (Aparte.) (Esta niña se ha propuesto desesperarme) Señoras... Pues como decía a ustedes antes; mi sobrino... (Vanse todos foro izquierda.)

ESCENA XIII

JULIA, ALFREDO, luego DON LIBORIO

JULIA Tenemos que hablar; estoy enojada con usted. ¡A qué viene escribir versos a otra mujer!

ALF. Julita, la poesía es libre; y así como Apolo tenía nueve hermanas y todas le inspiraban, así al poeta pueden inspirar todas las mujeres.

JULIA Pues entonces no quiero que sea usted poeta.

ALF. ¡Es decir, no quiere usted que tenga alma! ¿Y la satisfacción del triunfo sobre todas, no la enorgullece? ¿No siente usted elevarse su alma al escucharme y poder decir: «Ese hombre es célebre por mí; yo soy su musa?»

JULIA — Mejor quisiera decir: «Yo soy su esposa.»

ALF. — (Aparte.) (Diablo.) Usted no comprende el ideal. ¡Me pide celos, cuando yo debía dudar de su cariño! ¿No ha leído usted *La Correspondencia de España?* ¿No ha visto usted allí demostrada mi pasión?

JULIA — Su olvido he visto solamente.

ALF. — ¿No decía X. I. H. no lo esperes?

JULIA — Pues por eso. Contestación al número del día veinte en que yo le decía: J. M. U. Dime, ¿me amarás?

ALF. — Error de caja, errata de imprenta. Dice: ¿Me olvidarás?

JULIA — ¿Es cierto?

ALF. — Dúdelo usted si quiere.

JULIA — ¡Alfredo! Esta es la consecuencia de no poder hablarnos todos los días y tener que valernos del periódico para correo de nuestro amor.

ALF. — ¿Y el placer inmenso de que lleve a usted mis pensamientos en ese papel, su inexorable tía?

JULIA — Es verdad que es muy severa Dice, que como usted no habla...

ALF. — ¡Que no hablo! ¿Pues que más he de decirte?

JULIA — No; si es a ella. Como no se explica usted.

ALF. — ¡Que no me explico! Vienen. Es mi tío. (Viendo salir a don Liborio y aparte.) (Alguna vez había de ser oportuno.)

JULIA — Vamos al buffet. (Le da el brazo y vanse los dos por el foro.)

LIB. — ¿Qué la dirá mi sobrino? ¡Bribonazo! Y esa niña... esa niña, ya me va a mí cargando. (Vase foro.)

ESCENA XIV

ALBERTO

No he podido engañarme. Mi corazón más que mis ojos me lo ha dicho. Cuando la ví en el coche, con su esposo, no sé lo que sentí. ¡Calma, calma! La marquesa de Roca-

mar, no puede ser... ¿Por qué habré venido a esta casa?... ¿por qué?... Porque el corazon me guió y esa mujer, imagen de la que fué mi vida; retrato fiel de la que amé como un loco. ¡Loco estoy! ¡Cómo he de dudarlo, cuando llegué a figurarme que esa señora pudiera ser aquella!... Mas, ¿pueden engañar los ojos al alma de tal manera? ¿Es mentira lo que veo? Sí, lo es, lo es. No cabe tanto fin gimiento. ¿Por qué rogué a Alfredo que me trajera a esta casa para sufrir un nuevo desengaño? (Se sienta.)

ESCENA XV

ALBERTO y PRUDENCIA

PRUD. Me ahoga ese calor. (En el balcón.) Aquí se respira. (Viendo a Alberto y aparte.) (¡Él!)

ALBERTO (Aparte.) (¡Ella!)

PRUD. ¿Aquí tan sólo, señor Copyl?

ALBERTO (Aparte.) (¡Es su voz!) Señora...

PRUD. ¿Le abruma a usted el calor?

ALBERTO Sí, señora.

PRUD. Aquí se respira mejor. Estoy impaciente. Mi esposo ha ido en busca de su padre, a quien no conozco, y tengo tal deseo de que vengan ..

ALBERTO Es natural. Debe usted querer mucho a su esposo.

PRUD. Tanto como él a mí.

ALBERTO Esa es la felicidad. Yo no la espero jamás.

PRUD. ¿Por qué? Usted es joven.

ALBERTO Sí, señora. Pero he sufrido el desengaño más cruel, he sido víctima de la mayor infamia..

PRUD. (Aparte.) (Dios mío, y va a contarme...) (A él.) ¿De veras?

ALBERTO ¡Ah, señora! Si usted supiera...

PRUD. ¡Un coche! Mi esposo viene. Dispense usted. Voy a su encuentro. (Vase primera izquierda.)

ESCENA XVI

ALBERTO

¿Qué es esto? ¿Por qué huye? ¿Es una prueba? Un coche, dijo. . ¡A ver! (En el balcón.) No, no viene ninguno, ni está parado a la puerta. ¡Se fué por témor de que le contara lo que sabe como yo! ¡No, no puede ser! Casualidad; se imaginó que ya venía su esposo. Su impaciencia la hizo creerlo. ¡Alienta razón! ¡Tantos años sin esperanza, y ahora soñando certidumbres para mayor tormento!

ESCENA XVII

La CONDESA, la SEÑORA DE ALBASIERRA, JULIA, ALFREDO, DON LIBORIO y ALBERTO

LIB. (A Julia.) Le digo a usted que el soneto es de lo mejor que se escribe.

JULIA A mí me gusta sobre todo el vals y aquel himno a las artes.

LIB. Sobrino, toca el himno a las artes. Aquí debo tener la letra. No, ésta no es. (Sacando muchos papeles.)

ALF. Pero tío, por Dios; si tiene ochenta y tres estrofas.

LIB. Mejor; así pasaremos toda la noche con él.

ALB. (A la Condesa, aparte.) (La verdad es que el buffet no se ha distinguido por lo selecto.)

LIB. Elegía. Soneto. Letrilla «A un calvo».

JULIA Esa, esa.

LIB. No, esta no. Tiene poca gracia.

JULIA Siendo de su sobrino...

ALF. Léala usted.

LIB. De ningún modo.

ALF. (A Julia.) (A que no la lee.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, LUIS, DON PEDRO, LETAR, luego PRUDENCIA

LUIS — Pase usted, padre mío.

PEDRO. — Señores.

LUIS — Queridos amigos: tengo el honor de presentar a ustedes a mi padre.

ALBERTO — (¡Qué veo!) (Reconociéndole y aparte.)

LUIS — ¿Y Prudencia? (Yendo a buscarla a la primera puerta izquierda.) ¡Prudencia!

PRUD. — ¡Aquí estoy! (Saliendo.)

LUIS — Mi esposa Mi padre. (Presentándolos. Los dos se acercan para abrazarse afectuosamente, pero se reconocen con espanto y Prudencia cae desmayada en brazos de Luis.)

PRUD. — ¡Ah! ¡Jesús!

LUIS — ¡Prudencia!

LETAR — (¡Alberto!) (Aparte al verle.)

PEDRO — (¡Letar, es ella!) (Aparte a Letar.)

(Se promueve la confusión natural, todos acuden a Prudencia, tocan timbres, salen criados que reciben órdenes, todo rapidísimo. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Otro salón. Puerta al foro y laterales. Mesa con periódicos, timbre etc., etc.

ESCENA PRIMERA

DON PEDRO, sentado

Tanto desear volver a España. ¿Y para qué? Para traer la desventura de mi hijo. ¡Mi razón se niega a pensar! ¡Es posible que aquella aventurera, aquella mujer infame, sea su esposa!

ESCENA II

DICHO y LETAR, foro

LETAR Aquí estoy. Ya pensaríais que no arribaba nunca.

PEDRO ¿Qué hay? Lograste saber...

LETAR Todo. Es el corsario que buscamos.

PEDRO ¿Y vive?

LETAR Hotel de Roma. El bribón se trata como los grandes señores.

PEDRO Acaba.

LETAR Apenas me dísteis la orden de abordaje, salí tras él, viento en popa; llegué al hotel, donde me dijo un criado que se hospedaba; eché las amarras y encaminándome a su habita-

ción, entramos a parlamento. Me recibió con pocos bríos; pero manteniéndose a la capa, porque debió conocerme. El recuerdo de nuestra antigua aventura, vino sin duda a su mente y acaso la fuerza de mi brazo. Yo le solté la andanada y contestó: «Diga usted a don Pedro, que si desea verme, siempre estoy a sus órdenes». Eso quiere solamente, le repliqué. «Hasta las seis estoy en casa, puede venir si gusta». Bien está, dije yo. Y recogiendo velas, enfilé a este puerto.

PEDRO — A lo menos ese hombre, tiene valor para el mal.

LETAR — Si está la nave perdida, no es extraño que se haga hombre al agua.

PEDRO — ¡Ay, mi viejo amigo! Tú no sabes la noche que he pasado.

LETAR — Sólo sé que las borrascas de tierra son peores que las del mar. Estas son ruindades, y aquellas grandezas. Y preferiría verme en alta mar, roto el palo mayor por la cofa y en una escota enredado, a estar en la situación que ambos nos vemos desde anoche.

PEDRO — Y mi hijo nada sabe, y vive feliz. ¡Mira si es gran desventura! ¡Y yo! ¡su padre! he de decirle: ¡Toda esa dicha que te colma de alegría, no existe; porque la mujer que crees un ángel, la que tanto amas; a quien diste tu nombre y por quien piensas sacrificarlo todo, te engaña! ¡Porque tú, hijo mío, eres un mentecato, juguete de una mujer impura, que en otro tiempo vendía caricias y halagos! Y la prueba de ello, es que yo mismo... ¡No, eso jamás!

LETAR — ¡Jamás! ¿Y es mejor, más digno y más noble ocultarle la verdad por no turbar su dicha y que un día llegue a ser la mofa de todos? No puede ser. En mar de fondo navega. En la superficie, rizadas brumas; en el fondo, horrible tempestad Nosotros hemos sido viento que turbó la calma; ya sentirá rugir el vendaval. Y entonces, ¡ay de él! ¡Navegará en l stre, entre dudas y zozobras, y encallará a la primera virada, y cuando ya, náufrago infeliz, se dirija a nosotros, tendremos que humillar la frente, porque

nos dirá: sois infames como ella, porque sabíais mi deshonra y la habéis callado!

PEDRO ¡Letar!

LETAR ¡Esto, esto es lo cierto! Esto lo que debéis pensar.

PEDRO ¿Según hablas, juzgas prudente decirle la verdad?

LETAR Lo juzgo justo.

PEDRO ¿Y que yo se lo diga?

LETAR Sí, porque de nadie lo oiría más que de su padre.

PEDRO ¿Y si Alberto desaparece, y ella (que debe haber vivido en el bien algún tiempo para poder engañar a Luis de tal modo) continúa siendo buena? ¿Por qué no hemos de creer que está regenerada? Los criados me han dicho que anoche fué la primera vez que vino Alberto a esta casa. ¿No crees?...

LETAR Nada si se trata de esa mujer. Perdió el timón, es natural que vaya sin rumbo cierto. Además, antes que a Alberto, pudo conocer a otros, y con él no se entierra el secreto.

PEDRO Es verdad.

LETAR Y aunque esto pudiera ser. ¿No basta saberlo nosotros? Mi hijo, (sí, porque Luis es mi hijo) no puede vivir así. Sépalo todo. Y si ciego (que no es posible) no se aparta de esa infame, le dejaremos en la deshonra; pero con la conciencia tranquila y altiva la frente. Esto debe ser.

PEDRO Y esto será. Tienes razón, estas dudas que me asaltan, son una vileza. Quiero cubrir su deshonra, deshonrándole más todavía.

LETAR El viene. (Mirando primera izquierda.)

PEDRO Vete.

LETAR Animo, señor. (Vase Letar por el foro.)

ESCENA III

DON PEDRO y LUIS, primera izquierda

LUIS Padre.

PEDRO Luis.

LUIS ¿Has descansado?

PEDRO Sí. ¿Y tu esposa?

LUIS Está mejor. No me he separado de ella un momento. La pobre no está buena.

PEDRO Muy delicada está.

LUIS Nada tiene de extraño, considerando su vida anterior.

PEDRO Tú sabes...

LUIS Naturalmente, y quiero que tú lo sepas, para que juzgues de ella. Esa infeliz muchacha, ha pasado desde niña una vida de privaciones y angustias que llegaron a quebrantar su salud. No tenía aún doce años, cuando murió su madre. El padre—un pobre artista,—quedó ciego y ella tuvo que atender a su sustento. ¡Cuántos afanes, cuántas penas para una débil criatura!

PEDRO Ciertamente.

LUIS ¡Pues y su matrimonio!

PEDRO Ahora recuerdo que me escribiste, que era viuda cuando te casaste con ella.

LUIS Tres meses no más estuvo casada. Su esposo,—un artista también,—colocando una vidriera en el antiguo palacio Doria, se cayó de la escala y quedó muerto en el acto. Figúrate el dolor de esa infeliz. De tal modo se quebrantó su salud, que se llegó a temer por su vida. Entonces, la fortuna quiso favorecerles y les envió una herencia, que aunque mezquina, para ellos representaba una fortuna. Un hermano de su padre, había muerto en España, a su vuelta de América, legando a su sobrina, cuanto poseía; aquél modesto hotel del paseo del Cisne, donde la conocí.

PEDRO Y ahí empieza tu historia.

LUIS Sí. Una historia romántica, de la que acaso te hayas reído; pero que ha sido mi felicidad. ¡No olvidaré nunca cuando la ví por primera vez en la Castellana, guiando a su padre ya tan anciano y ciego! ¡Qué pureza, qué bondad revelaba en su rostro! Si yo hubiera sido pintor, no de otro modo hubiera representado la virtud, que con aquella encantadora imagen.

PEDRO Mucho la quieres.

LUIS Con toda el alma. Por eso, cuando llamado por ella, vine precipitadamente de París,

porque su padre, próximo a morir, quería hablarme; y sólo encontré su cadáver, aceleré nuestro casamiento, para que aquél ángel, mi pobre Prudencia, tuviera un consuelo en tan triste situación; para que mi cariño, alentara a aquel ser vencido por tanto sufrimiento. Y lo he conseguido... A mi lado, es feliz. Pero las penas minaron su organismo y está enferma. Su sensibilidad es tan grande que una alegría puede producir en ella los efectos del dolor. Así me explico su desmayo de anoche. ¡Deseaba tanto conocerte!

PEDRO Sin duda.

LUIS Por eso te he repetido lo que tantas veces en mis cartas te habré dicho. Porque al mismo tiempo, quiero que me digas tú lo que has imaginado sobre esto, pues en tu opinión quiero ver el reflejo de la de los demás. Y como nuestros amigos habrán de comentarlo...

PEDRO Y quieres que yo te diga,..

LUIS Sí. lo que durante la noche vino a tu mente. Sólo te he visto un momento al lado de Prudencia y tus ojos me dicen que no has dormido.

PEDRO Esa es la verdad.

LUIS Mira; como yo conozco a Prudencia y sé su sensibilidad y sus afecciones, claramente me lo explico todo. Con que dime tú...

PEDRO Hijo, me pides un imposible. Si yo creo ahora lo mismo que tú ¡a qué contarte delirios y locuras soñadas!

LUIS Quiero que me lo cuentes; por que esas locuras, no sólo asaltaron tu cerebro, sino el de otros muchos y acaso de locuras llegaron a infamias, y quiero en mi padre adquirir bríos para resistirlas.

PEDRO Si conoces tan bien a tu esposa, si acabas de contarme su vida desde niña, ¿qué pueden importar los dichos del mundo a una conciencia tranquila y a una acendrada fe?

LUIS Es verdad.

PEDRO Yo, es diferente. Yo no la conozco y no puedo encontrar nada que me explique...

LUIS — ¡Es decir, que la razón que te he dado no es razón para ti!
PEDRO — Tanto no digo. Sí, que no la conozco.
LUIS — ¡Ah! Tú has de decirme...
PEDRO — Nada tengo que decirte.

ESCENA IV

DICHOS y LETAR por el foro

LETAR — Señor.
PEDRO — ¡Ah!
LUIS — ¿Qué deseas? (Con enojo.) ¡Pronto!
LETAR — (Aparte a don Pedro.) Hay tormenta. ¿Le habeis dicho?...
PEDRO — (Aparte a Letar.) Nada.
LETAR — (Yo lo haré.)
PEDRO — (Calla.) (En voz alta.) ¿Hiciste mi encargo?
LETAR — Sí, y ya pasa la hora, por eso he venido.
PEDRO — (A Luis.) Un amigo me espera.
LUIS — ¿Y no contestas a tu hijo?
PEDRO — No puedo detenerme.
LUIS — Pero...
PEDRO — Ya hablaremos. (Aparte al salir por el foro.) (¡Pobre hijo mío! ¿Seré yo el engañado? Vamos a casa de Alberto.) (Letar le sigue.)

ESCENA V

LUIS

¡Qué es esto! ¿Por qué mi padre se va sin contestarme? ¿Es que teme decirme algo grave? Yo traté de convencerle, convenciéndome a mí propio, de que nada había de particular respecto a mi esposa. Lo natural, lo lógico, era que me hubiera dicho: «Hijo mío, no te inquietes por eso, dadas las afecciones de tu esposa, nada tiene de extraño lo ocurrido. Yo nada he pensado, sólo temores por su salud me asaltaron. Cuídala, cuídala mucho.» Y nada de esto.

Su mirada me revela que ha pasado una noche cruel. Entró a verla y salió precipitadamente «Yo no la conozco», ha dicho, «tú, sí.» Y ella, por qué tembló al verle hasta caer sin sentido. ¿Conoce a mi padre? Imposible; ella no salió de Roma hasta que vino a España; mi padre jamás estuvo allí. Basta de locuras Le pareció ver a su padre en el mío. Esta es su razón ¿Pudo ser esto? Bien pudo ser, su extremada debilidad... a veces, se asusta sin motivo alguno... eso sería. (Cae sobre la mesa con la cabeza entre las manos. Pequeña pausa; fijándose en uno de los periódicos que hay sobre la mesa y cogiéndole.) ¿Qué dice aquí? (Leyendo.) «En casa de los señores marqueses de Rocamar. Anoche asistimos a la última velada en casa de los marqueses de este título, en la cual ocurrió un suceso del que no nos atrevemos a hacer juicio. En el momento en que el dueño de la casa presentaba a los concurrentes a su padre, el ilustre marino don Pedro de Vives, llegado de América aquella misma noche, la señora marquesa sufrió un desmayo que, según opinión facultativa, puso en peligro su existencia. Hacemos votos por el pronto restablecimiento de tan distinguida señora.» (Deja de leer.) ¡Hasta en los periódicos! ¡Sólo se hablará de esto en Madrid! «No nos atrevemos a hacer juicio.» (Leyendo de nuevo.) ¿De qué? ¿Qué ha pasado en mi casa? ¿Qué infamia es esta? ¡Qué intención tienen estas palabras! ¡Si busco a su autor y le pido explicaciones, se mofará de mí! ¿Cómo preguntar a un extraño, lo que en mi casa sucede? A Prudencia... ¿Para qué?, sus lágrimas me convencerían. Pero, ¿de qué habrían de convencerme? ¡Si aquí el más infame de todos soy yo! ¡Si lo que ellos no pueden imaginarse, cruza por mi mente! ¡Si he llegado a dudar de ella! ¡Infame pensamiento, vuelve al fondo del mal de donde surgiste! ¡No mates mi dicha! ¡Déjame! ¡Vete!

ESCENA VI

DICHO. Un CRIADO. Luego RITA, después la CONDESA DEL LAZO y JULIA, todos por el foro

CRIADO — La señora condesa del Lazo y la señorita Julia, piden licencia para entrar.

LUIS — (Aparte.) (¿A qué viene esa gente? ¿A hacer comentarios, a mofarse de mí? ¡Y he de recibirlos! Sería peor ocultarse.) (Al Criado.) Que pasen. (Vase el Criado foro derecha. Luis toca el timbre y sale Rita foro izquierda. A Rita.) Avise usted a la señora. (Vase Rita primera izquierda.)

COND. — Mi querido marqués. (Saliendo con Julia foro derecha.)

LUIS — Señora; señorita. (Saludando. Vienen a sentarse a la izquierda a una indicación de Luis.)

COND. — ¿Y la marquesa? Mandé esta mañana al criado y le dijeron que estaba bien; pero no he querido que pase el día sin verla.

JULIA — ¿No ha venido Alfredo? Nos dijo que vendría.

LUIS — Estuvo esta mañana; pero no tardará según su costumbre. Ya tenemos aquí a la enferma. (Sale Prudencia por la primera izquierda; detrás de ella Rita que se va foro izquierda.)

ESCENA VII

DICHOS y PRUDENCIA

COND. — ¡Marquesa, qué placer! No creíamos ver a usted tan pronto restablecida. Me dió usted un susto...

JULIA — Y a mí.

COND. — ¡Ya lo creo! Yo creí que se ponía mala.

JULIA — No sirvo para presenciar esas cosas.

COND. — Ni yo. (Se sientan.)

PRUD. — Verdaderamente es desagradable.

COND. — A mí se me excitan los nervios con gran facilidad. No sirvo para atender a ningún enfermo.

JULIA — (Aparte a su tía.) ¡Qué pálida está!

COND. (Aparte a Julia.) Parece una esfinge. (A Prudencia.) Vea usted lo que dice mi sobrina. Que nadie dirá que ha estado usted enferma, está usted hermosísima.

PRUD. Nunca lo fuí.

ESCENA VIII

DICHOS. Un CRIADO. La SEÑORA DE ALBASIERRA

CRIADO (Anunciando.) La señora de Albasierra.

ALB. (Saliendo foro derecha.) ¡Gracias a Dios que puedo verlos! Es la tercera vez que vengo a esta casa. Estaba impaciente.

PRUD. ¿Tres veces? (Se sientan.) Nada hemos sabido.

ALB. La primera, me dijeron que estaban descansando los señores. La segunda, que no recibían; cosa que no se comprende habiendo un enfermo.

LUIS Ya sabe usted que los criados...

ALB. Créanlo ustedes, desde anoche estoy sin sosiego. Sentí tanto lo ocurrido.

PRUD. Ya estoy buena.

ALB. Luego como han dado en hacer comentarios... ¡Vaya usted a fiarse de las gentes!

LUIS ¿Qué dicen?

ALB. Nada. Crea usted que a veces no hay más remedio que reirse. Se hablaba esta mañana de ello en casa de los señores de Cienfuegos. Alfredo decía· «La marquesa me ha asegurado que le pareció reconocer a su padre», llegó en aquél momento el señor Salar y sin oir apenas dijo: ¡Cómo, el padre del marqués es también padre de la marquesa! Todos soltaron la carcajada y él siguio haciendo comentarios. Nada, el argumento para una tragedia.

LUIS ¡Eso dicen!

ALB. ¡Calle usted, por Dios! ¿Quién ha de decir eso? Sólo un torpe como Salar.

LUIS Pero alguien puede creerlo.

ALB. ¿Quién ha de creer tal desatino? Eso sólo hará reir.

COND. Es natural. (Todos rien.)

LUIS A los necios.

PRUD. (A Luis conteniéndole.) ¡Luis!
ALB. Es verdad. (Todas muy serias.)
JULIA (Aparte a su tía) Se ha demudado.
COND. (Aparte.) Aquí hay algo.

ESCENA IX

DICHOS. Un CRIADO, ALFREDO y DON LIBORIO

CRIADO (Anunciando.) Los señores Albéri y Ortega.
JULIA (Muy alegre.) ¡Alfredo!
LUIS (A Julia.) Ya le decía yo a usted que no tardaría.
ALF. Señores... (Saludando.)
ALB. Aquí tenemos a Alfredo que sostendrá lo dicho por mí.
ALF. ¿De qué se trata?
ALB. De la ocurrencia de Salar.
ALF. Todavía me estoy riendo. Es un viejo medio simple. (A Prudencia.) Ante todo, ya veo que sigue el alivio.
PRUD. Estoy bien.
ALF. Ya habrán ustedes leído los periódicos. Creí un deber notificar a sus amigos su indisposición y mandé la gacetilla.
LUIS ¡Cómo! ¿Es usted el autor?
ALF. Sí. Pero es inútil que me dé usted gracias. Era un deber de amistad.
LUIS (Aparte.) ¡Un deber!
LIB. Mi sobrino es un dechado de caballerosidad. Por nada en el mundo olvidaría a sus amigos. Y eso que en esta ocasión tuvo que abandonar sublimes inspiraciones.
ALF. Tío...
LIB. ¡He de decirlo! Toda la noche pasada estuvo arreglando su última obra.
JULIA ¿Una obra?
LIB. Sí, señorita. Un drama filosófico trascendental, que mañana tendremos el placer de aplaudir.
ALB. ¿Mañana?
LIB. Mañana se estrena. El primer actor le indicó en el ensayo ciertas modificaciones y esas fueron su tarea de esta noche. Por cierto que el tal arreglo no es de mi aprobación,

y en ello sólo veo envidia de los actores. La dama, tenía un monólogo en el cual sacaría seguramente cuatro o seis aplausos. El galán carecía de él y le aconsejaron que trocara los personajes. Y hé aquí la mayor prueba del talento creador de mi sobrino; con sólo cambiar algunas frases, quedó la dama hecha galán.

ALF. Mi tío exagera.

LIB. Y el argumento de la obra intacto.

COND. ¿Y de qué se trata?

LIB. Es un drama de situación. De la cuestión del día: del adulterio.

JULIA ¿Está en verso?

LIB. Alfredo es todo poesía.

PRUD. Yo creía que esas cuestiones no debían llevarse al teatro.

ALF. El teatro es un espejo donde se refleja la sociedad.

LIB. ¡Qué pensamiento! Aquí de mi lápiz. (Saca papel y lápiz y escribe.)

ALB. ¿Si quisiera usted contarnos el argumento de su obra?

LIB. Yo lo haré. Se trata de un marido que es engañado por su consorte. El, todo bondad. Ella, todo perspicacia. El mayor mérito está a mi entender, en el tipo del marido bonachón, que con tal maestría ha sabido dibujar.

ALF. Confieso a ustedes que es un tipo que me encanta. Y está tomado del natural. Por desgracia hay muchos ejemplares.

LUIS (Aparte.) Se burlan.

LIB. Pero he aquí que llega a enterarse de su afrenta y el manso cordero se trueca en tigre hircano, que sorprende a su esposa y encomienda a un puñal sn venganza.

JULIA ¿La mata?

LIB. Sí, y luego se mata él.

COND. ¿Y el amante?

LIB. Desaparece.

LUIS Más lógico sería que le matara también.

ALF. No es esa mi opinión. El hombre tiene derecho para solicitar a todas las mujeres.

LUIS No siendo casadas.

ALF. Aunque lo sean. En ellas está rechazarlos.

ALB. Eso es pedir mucha virtud.

LUIS Eso es pedir dignidad.

ALF. Bueno, pero aun suponiendo que el hombre no respete, como es su obligación, los deberes sociales; ¿es suya la culpa si la mujer, estando casada, acepta sus favores?

LUIS La culpa es de ambos.

ALF. Pues yo, qué quieren ustedes que les diga, no juzgo criminal al amante.

ALB. ¿Y toda la culpa la arroja usted sobre la esposa?

LUIS No, sobre el marido.

TODOS ¡Cómo!

ALF. Me explicaré. La mayoría de los hombres se casan por alucinación. Un hombre próximo a casarse, deja de ser hombre para convertirse en maniquí de su novia. Llegado ese caso, no hay consejo que oiga, ni razón a que atienda. Le sedujo la hermosura, la bondad, la virtud de su consorte. Y lo grave del caso es que nada de esto existe en ella la mayor parte de las veces. Tengo un amigo próximo a ser marido, que está enamorado de los ojos de su Venus y es tuerta.

COND. ¡Qué exageración!

ALF. Verídico. En el mundo vivimos de ilusiones. Al ver a una persona, nos forjamos en la imaginación sus cualidades, y ya la calificamos a nuestro antojo. Cuántas veces decimos: «Qué bueno o qué malo es fulano», y sólo le conocemos de vista. Y es porque somos tercos en nuestras apreciaciones, y por nada del mundo creeríamos nuestro engaño.

LIB. (Que está escribiendo desde que empezó el discurso de Alfredo.) Habla más despacio, sobrino.

ALF. Un hombre tocado de la locura del matrimonio, ve una mujer y en el momento dice: «Esta es la que yo buscaba»; desde aquel punto, se embota su razón y cree y hace a ciegas cuanto aquella mujer quiere que haga y crea. De este modo se hacen los matrimonios.

LIB. (Se me ha roto el lápiz... ¡Por vida!)

ALF. ¿Qué de extraño tiene que salgan algunos como salen?

LIB. Marqués, ¿tendría usted un lápiz?

LUIS Tome usted. (Dándosele.)

LIB. Gracias.

JULIA Si se aseguraran antes del cariño de sus mujeres...

ALF. Luego, la perversa costumbre en los novios de ocultar sus cualidades.

ALB. Es que si se conocieran...

ALF. Probablemente no se casaría nadie, ¿verdad? Pero ya ven ustedes qué base llevan para la felicidad. Si el hombre mirase sólo su dignidad, si averiguara las cualidades de la que piensa que sea su esposa, a ser posible, antes de hablarla, es decir, antes de entontecerse, no sucederían ciertas cosas. Luego queda bien probado, que la alucinación del novio, es la causa de todos los sufrimientos del marido.

LIB. Bien dicho. Del marido. (Acabando de escribir.)

ALF. Por esto, en mi drama dejo impune al amante y hasta le hubiera dado otra solución. Juzgando autor de todo al marido, no fuera malo que muriera a manos de aquél.

LUIS ¡Qué desatino!

ALF. Lo sería efectivamente. Porque de ese modo se evitaba el justo castigo de la mujer culpable.

PRUD. Buena moral.

ALF. De eso se ve en el mundo.

LUIS Pero debe ignorarse o callarse al menos.

LIB. (A Alfredo.) ¿Has concluído?

ALF. Sí.

LIB. ¡Magnífico discurso!

COND. Pero acaso estemos molestando.

PRUD. De ningún modo.

COND. La señora marquesa no estará restablecida del todo y nuestra conversación...

ALF. Dispénseme usted, marquesa. En tocando a este punto no acabaría nunca de hablar.

LIB. Sigue, sigue. (Sacando sus papeles.)

COND. Con permiso de ustedes, nos retiramos.

ALB. Yo también. Voy a casa de Ansorena.

COND. Precisamente, allí vamos nosotras. (A Prudencia.) Celebro en el alma la mejoría.

ALB. Lo mismo digo.

PRUD. Gracias, mis queridos amigos.

COND. (Llamando a Julia, que habla aparte con Alfredo.) Niña, despídete de la marquesa.

JULIA (Viniendo a su lado.) Señora...

LUIS Yo salgo con ustedes. Voy a buscar a mi padre.

LIB. (A Prudencia.) Siempre a sus órdenes.

ALF. (A Prudencia.) Mi enhorabuena.

JULIA (Llamando desde el foro.) Alfredo.

ALF. Soy con ustedes. (Vanse todos foro.)

ESCENA X

PRUDENCIA

¡Al fin se fueron! Su charla inoportuna, me hacía daño. ¿De qué sirvió mi arrepentimiento, mi penitencia? ¡Mísera de mí, que soñé vivir honrada con el olvido de mi pasada culpa! ¡Yo deshonrar a quien tanto amo! ¿Por qué no acabó mi vida cuando le vi? ¡Alberto no puede dudar que soy la impura Adela de otro tiempo. Lo sabrá mi Luis, y entonces... me matará! ¡Ojalá; fuera la dicha!

RITA (En el foro.) Señora.

PRUD. ¿Quién?

ESCENA XI

PRUDENCIA y RITA

RITA Don Alberto Copyl desea hablar a la señora.

PRUD. ¿A mí? Di que no recibo. (Aparte.) Espera. (Acaso hablándole...) Que pase. (Vase Rita por el foro.)

ESCENA XII

PRUDENCIA y ALBERTO

ALBERTO Señora.

PRUD. Me han dicho que deseaba usted hablarme. Ya escucho. (Se sienta.)

ALBERTO Con gran ansiedad esperaba este momento; ha llegado, y es tal la aglomeración de ideas que se agitan en mi mente, que no acierto a explicarme.

PRUD. Usted dirá.

ALBERTO Hablaré; pero no a la señora marquesa de Rocamar, porque esa para mí no existe. Sí a mi antigua amante Adela.

PRUD. (Levantándose) ¡Ese lenguaje! Repórtese usted o llamo. Soy la esposa del marqués y tengo derecho a que como tal, se me respete.

ALBERTO ¡Su esposa! ¿Y ese marqués de quien te has servido para ocultar tus maldades, ¿sabe quién es Prudencia? ¿Se ha vendido a ti? ¿Le has hecho grande con la fortuna robada a tus amantes?

PRUD. ¡Basta ya, caballero! (En pie con la mano en el timbre.)

ALBERTO Llama, llama; que yo también quiero que vengan. Pero no los criados, sino ese que llamas tu esposo. Por si acaso llegó tu vileza a fingirle nombre y familia, para que oiga de mis labios quién eres. Que venga también su padre, que conociéndote como yo, trata de comprar mi silencio arrojando a su hijo en el fango de la deshonra. ¿Qué te figuras? Anoche nos reconocimos, esta tarde me pidió una cita y no ha acudido a ella. Le creía honrado y veo que es casi tan infame como tú. Lo mismo será tu marqués.

PRUD. (Ha luchado por conservar su entereza, pero al fin, vencida por lo enorme de la acusación, cae en el sofá llorando.) ¡Ay de mí!

ALBERTO Llora, llora. Esas lágrimas te delatan. Pensabas engañarme con tu arrogancia y eres débil. Tú me abandonaste villanamente (lo mismo que han sido todas tus acciones). Yo debí dar parte a la justicia, para que ella buscase a la impura mujer que huía robándome y la hiciera pagar en una cárcel su vil acción. No tuve valor para hacerlo. Yo, insensato, te amaba como un loco. Preferí buscarte yo mismo por todas partes. Recorrí los sitios más infames, te buscaba a ti, allí debías estar. Supiste burlarme. Sin duda vivías en el bien. No podía imaginarme tal

cosa. Mi suerte o mi desventura quisieron que te encontrara al fin. Juzga cuál será mi propósito.

PRUD. ¿Qué pretende usted?

ALBERTO ¿No comprendes que el hombre que dedicó su vida entera a buscar a la mujer que ama, no se ha de contentar con verla, para dejarla en brazos de otro?

PRUD. Intenta usted...

ALBERTO Que seas mía, como lo fuiste en otro tiempo. Todo te lo perdono si me sigues.

PRUD. Estoy casada.

ALBERTO ¡Lazos formados por engaño y egoísmo, no merecen respeto!

PRUD. Pero...

ALBERTO Estoy resuelto. Al buscarte, no creas que me guiaba la idea de la venganza, eres mujer y no cabe en mí tal villanía. No buscaba a la ladrona para recuperar lo robado; bien me conoces y sabes en lo que aprecio la riqueza. ¡Buscaba a la mujer que amé, que amo todavía! Cuatro años vivimos juntos, yo feliz, tú mintiéndome amor. Cuando me abandonaste, considerando todas tus maldades, creí odiarte; pero no fué así. No sé qué afecto satánico supiste infundir en mi corazón, que sin voluntad, inspirado por él, busqué tus huellas. Mi razón, mi honra te repelían; pero siempre envuelto en redes de este amor maldito, seguí adelante. Te he encontrado, quisiera huirte y no puedo; quisiera olvidarte y tu imagen está aquí dentro. (En el corazón.) ¡Fuiste el primer amor de mi vida, y no de otro modo quieren los hombres como yo! (Pausa larga.)

PRUD. Ese noble afecto de que usted habla, soy indigna de haberlo inspirado, y si con mi vida pudiera borrarle, la sacrificaría, no lo dude usted. Pero no tratemos de lo que es imposible. Escúcheme usted, por compasión. Soy muy criminal, sus palabras lo prueban, mis lágrimas lo pregonan. Por medio de engaños, es cierto, logré tener un esposo noble y honrado. ¡Fué grave mi culpa! Quizás lo permitió el cielo en gracia a mis penas. Pero hoy me debo a este hombre,

que nada sabe, a quien no he faltado desde que me llamó su esposa; a quien no faltaré. Yo quise huir del mal en que me ví enredada casi niña. Creí que el arrepentimiento borraría mis culpas. Yo no pretendí al marqués, la suerte le llevó a mi casa. Angel de redención le consideré y pensaba vivir respetada a su lado ¡Dios no lo ha querido! Hay faltas que no se rediman. Mi vida, ¡qué importa! ¡Pero respete usted a mi esposo!

ALBERTO ¡Desventurado! ¿Tal traza te diste para el engaño, que no logró saber?...

PRUD. Nada. Hasta mi nombre ignora Usted es bueno, Alberto. ¡En nombre de ese cariño, piedad para él!

ALBERTO ¿Y no comprendes que su padre te conoce lo mismo que yo, y que si es caballero, no ha de tolerar tal infamia?

(Obscurece lentamente la escena.)

PRUD. Yo le rogaré. Me arrojaré a sus pies. Mis lágrimas habrán de convencerle. ¡Por Dios, Alberto! ¡Por la memoria de su santa madre, déjeme usted! ¡Aléjese para siempre de esta casa! ¡Respete mi dolor! ¡Alberto, tenga usted compasión de esta infeliz mujer! ¡Váyase usted!

ALBERTO ¡Que me vaya!

PRUD. ¡Sí! Yo, buscando el bien, llegué a este hogar honrado, faro de salvación para mi alma arrepentida. ¡No me arroje usted de nuevo en el lodazal del crimen! ¡Piedad! ¡Piedad!

ALBERTO (Aparte conmovido.) Sus lágrimas me obligan a ceder. ¡La quiero tanto!... (A ella.) Adela: lo que no pudieron lograr tus amenazas, alcanzarán tus lágrimas, Nunca te ví llorar de ese modo. Hoy tengo la seguridad de que no me engañas. Te amé, te amo como un loco, y voy a probártelo, saliendo para siempre. ¿Buscas el bien? Yo no he de arrebatártele.

PRUD. (Arrodillándose, besándole la mano.) ¡Ah! ¡Gracias, gracias! (En este momento sale don Pedro por el foro)

ESCENA XIII

DICHOS, DON PEDRO, luego Rita

PEDRO Un momento. Señora, ruego a usted que se retire a sus habitaciones; necesito hablar con este caballero. (Toca el timbre.)

PRUD. ¡Por Dios! (Suplicante.)

PEDRO Se lo suplico. (A Rita, que ha salido foro.) Acompañe usted a la señora.

PRUD. (Aparte.) ¡Dios mío! (Vanse Prudencia y Rita primera izquierda.)

ESCENA XIV

ALBERTO y DON PEDRO

ALBERTO Estuve esperando a usted.

PEDRO Lo sé. Llegué a su casa un momento después que usted salió.

ALBERTO Estoy a sus órdenes.

PEDRO Es inútil que haga relación de cosas que sabemos ambos perfectamente, ya que hace años que nos conocimos. Vamos al presente. Anoche llegué a esta casa, que es la de mi hijo; esa mujer (permítame usted que la llame de este modo), me reconoció, y yo vi en ella a la infame meretriz que en una noche de orgía conocí en Biarritz... pero es la esposa de mi hijo. Ella, sea lo que sea, tendrá su castigo; pudo engañarle; es una acción inicua. ¡Pero más baja y más ruin, es la de su antiguo amante, que vino a introducirse en la casa de la que ya es esposa de un hombre honrado!

ALBERTO ¡Basta!

PEDRO No basta. Tengo sagrado derecho para afrentar al que viene a robar la dignidad de mi hijo. Necesito una explicación clara y sucinta, de sus pensamientos, de sus propósitos, de sus fines. ¿A qué ha venido usted a esta casa? Hable usted.

ALBERTO ¡Caballero! ¡Se va agotando mi paciencia! Más que preguntas profiere usted amenazas, y no habré de tolerarlas ¿Y quién es usted para hablarme de tal manera? El amigo de aquel amante abandonado. ¿Quiere usted vengar ahora antiguas ofensas, escudado con la deshonra de su hijo?

PEDRO ¡Qué dice?

ALBERTO Al llegar usted, yo salía para siempre de esta casa. Las lágrimas de esa infeliz me hicieron perdonarla; vino usted, trató de defenderla y ya no saldré sin decir antes a ese hijo que tanto invoca, quién ha sido su mujer; dónde la conoció su padre.

PEDRO ¡Ah, yo le haré callar!

ALBERTO ¿Y confía usted al silencio, agravios de la honra? ¿Y usted se precia de digno y de caballero, arrojando sobre su propio hijo tal baldón; haciéndole el más despreciable de los hombres en su ignorancia?

PEDRO Si él supiera...

ALBERTO ¿Qué? ¿La mataría? Iría honrado ante la justicia. Pero eso no lo quiere su padre. Es mejor que nada sepa y viva feliz. ¿Y es así como entiende usted la dignidad? ¡Y usted se llama honrado, y viste un uniforme, y acaso ostente en su pecho premios de nobleza y valentía, y no se averguenza de proponer, lo que sólo concibe un miserable!

PEDRO ¡Eh!

ALBERTO Pocas violencias, señor mío. Estoy a sus órdenes.

PEDRO Vamos de aquí. Evitemos el escándalo. Usted me precede. Salgo en seguida.

ALBERTO Vamos. (Vanse los dos foro. Sale un Criado y da luz. Pausa.)

ESCENA XV

LUIS

Nada he podido saber. Tuve miedo de declarar mis delirios. Temí ser la burla de Alfredo. (Se abre la puerta primera izquierda y sale Rita. Se oye dentro la voz de Prudencia.)

ESCENA ULTIMA

LUIS, RITA, PRUDENCIA, (dentro) al final DON PEDRO

LUIS ¡Eh! (Viendo abrirse la puerta.)

PRUD. (Dentro a Rita.) Dile que le espero impaciente. (Cierra la puerta.)

LUIS ¡Es mi mujer!

RITA (Al dirigirse al foro y asustándose al ver a Luis.) ¡Ay, el señorito!

LUIS (Imperiosamente y señalándola la puerta del foro.) Vete. (Vase Rita.) Ya se fué. Esa criada podría decirme... No... «Dile que le espero impaciente»,—dijo ella.—¿A quién espera mi mujer? No es a mí; si así fuera, en vez de asustarse la criada hubiera dicho: «A usted iba a buscar, señorito; le espera la señora.» Y si no es a mí, segura es la afrenta como lo será el castigo. Calma, calma, no debe tardar. Hay aquí mucha luz; pudiera verme antes que yo a él. (Apaga las luces.) Así. Oigo pasos. Desde aquí podré observar. (Luis se retira al foro derecha. Por el foro centro sale don Pedro, se dirige a la puerta primera izquierda, llama a ella. Esta se abre y la inmensa claridad de dentro ilumina su rostro. Luis sale de la oscuridad y coge violentamente del brazo a don Pedro. A la claridad de la otra habitación le reconoce y le suelta horrorizado. Oyese dentro un grito de Prudencia.)

LUIS ¡El! ¡Infame! ¡Mi padre! ¡Jesús! (Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo

ESCENA PRIMERA

La CONDESA, JULIA, la SEÑORA DE ALBASIERRA, DON LIBORIO y ALFREDO. Las señoras aparecen sentadas. Alfredo, en pie, continúa su peroración. Don Liborio escribe con su lápiz. Toda esta escena debe hacerse en voz baja, confidencialmente

ALF. Llegó en aquel momento el marqués y...

COND. ¡Qué atrocidad! ¡Eso no se concibe!

ALB. Pues yo lo he oído decir de otra manera. Nadie niega que hay un desafío pendiente, porque aseguran que hay un amante de por medio.

COND. ¡Cómo se ha de creer eso!

ALB Y el padre del marqués...

ALF. Lo ignora todo.

JULIA Como nosotros.

ALF. No, dispense usted. Yo estoy bien enterado y si tienen la bondad de escucharme les diré...

TODOS Hable usted, hable nsted.

JULIA ¡Ay, sí!

ALF. No tengo duda que hay un amante, porque yo mismo lo he traído a esta casa.

LIB. (Aparte guardando papel y lápiz.) (Esto no lo apunto.)

ALF. ¿Se acuerdan ustedes de mi amigo Copyl?

JULIA — ¿Aquel joven que presentó usted el viernes pasado?

ALF. — Justo. ¿Recuerdan ustedes el accidente que sufrió aquel día, la marquesa en el paseo? Pues fué al ver a Copyl, que paseaba cogido de mi brazo. El quedó admirado al verla y advirtiendo que yo la saludaba, me hizo mil preguntas extrañas, rogándome, por fin, que le presentara en la casa.

COND. — ¿Y ese es el amante?

ALF. — Por lo menos lo ha sido.

JULIA — Y lo será.

COND. — Niña: tú qué sabes.

JULIA — Los ví hablar muy reservadamente.

COND. — (A Julia.) Bueno. (A los otros.) ¿Y el marqués ha descubierto?...

ALB. — No; quien lo ha descubierto ha sido el padre

ALF. — Dispense usted; ha sido Luis, que se batirá con el amante de su mujer.

COND. — Eso prueba que es un hombre digno y cumple sus deberes.

ALF. — Deberes que pudieran trocarse en enemigos para él, porque, ¿quién sabe lo que resultará del duelo? El caso es grave.

LIB. — Pues yo sigo en mi idea, como antes dije, y la creo más natural, más verosímil. Tomemos la cuestión desde la llegada del padre. Ya sabemos que la marquesa no le conocía y lo que ocurrió al verle. ¿No es lógico, si el padre como dicen, conocía al amante, que al verle en la casa, le pidiera explicaciones y éstas dieran ocasión al duelo entre ambos? Yo creo esto.

ALF. — Mal creído, tío. Yo sé que Copyl vino ayer citado por la marquesa, y que aunque pudo salir sin que le viera, después de una escena acaloradísima con su esposa, mandó el marqués a su padre al Hotel de Roma donde se hospeda Copyl para concertar las condiciones de un duelo.

ALB. — Digan ustedes lo que digan, yo sostengo que el duelo es entre el amante y el padre, que ha querido vengar a su hijo.

JULIA — De modo que el marido viene a ser el protagonista del drama de Alfredo.

ALF. — Antes del último acto.

ALB. Quiera Dios no lo sea en ese también.
COND. ¡No es posible! No creerá nada de lo que se dice, y hará muy bien.
ALF. La ignorancia es un gran escudo.
COND. Pues si fuera uno a fiarse de lo que oye...
ALB. Es que en este caso no se trata sólo de oir, sino de ver, y sería demasiada miopía la del marqués si no...
ALF. Hay maridos pacientísimos que saben lo que deben ignorar.
COND. ¡Jesús, calle usted, Alfredo!
ALF. Yo estoy seguro de lo que digo.
ALB. Todos creemos lo mismo.
COND. Es natural Lo cierto es que hace media hora que estamos aquí esperando y no parece nadie.
LIB. Yo ya me voy cansando y, si no se trata de algo nuevo o mi sobrino habla cosa de interés, me parece que los dos nos iremos.
COND. Es una descortesía hacer esperar así.
ALB. Esto no tiene nombre.
LIB. Silencio, alguien viene.
ALF. El criado del padre.

ESCENA II

DICHOS. LETAR, foro; luego CRIADO, segunda izquierda

COND. Este sabrá...
ALF. Amigo Letar.
ALB. ¿Cómo está la señora marquesa?
LETAR La marquesa, bien; demasiado bien.
COND. ¡Demasiado! ¿Ha ocurrido alguna desgracia?
LETAR Ninguna.
LIB. Es inútil que lo oculte usted.
ALF. Sabemos cuanto ha pasado.
LETAR Entonces, ¿a qué tanta pregunta?
LIB. Pero ignoramos algunos detalles.
ALF. Que usted, como amigo de don Pedro, sabrá.
LIB. Y que le agradeceríamos nos contase.
LETAR (Aparte.) (Mal viento corre. Recojo lonas.)
LIB. Conque díganos usted.. ¿Es a pistola?
LETAR ¿Qué?
LIB. El marqués tira muy bien.

ALF. ¿Fué el sable el elegido?

LETAR Pero...

ALF. El amante creo que ha sido militar.

LIB. Y Luis Maneja las armas admirablemente.

LETAR Pero ¿qué diablos dicen ustedes? ¡Voto al bauprés! ¡Soy barco pirata para que me cañoneen por las dos bandas! ¿Qué sé yo de pistola, ni de sable, ni del marqués, ni del amante, ni de nada? Yo soy una pobre escampavía que no arribó nunca a este puerto

JULIA ¡Uf! ¡qué lenguaje!

LETAR Y aun cuando conociera el cabotaje, ¿había de entrar a parlamento sin orden superior? ¿Qué importa a nadie el rumbo que traemos? ¿A qué viene tanto aviso?

COND. (Por éste no sabremos nada.)

ALB. (Creo lo mismo.)

LIB. Pero hágame usted el favor... Diga usted, ¿está el marqués en casa?

LETAR Izó las velas y cortó las amarras.

LIB. ¡Ah, sí! (Letar va al foro.)

COND. ¿Qué ha dicho?

LIB. Pues no he entendido una palabra. (Sale un Criado segunda izquierda.)

ALB Gracias a Dios que viene un criado. Diga usted que deseamos ver a los señores.

CRIADO Los señores no reciben. (Vase foro.)

COND. ¿Después de tanto esperar?

ALB. ¡Esto es una grosería!

ALF. ¡Tómese usted cuidado por los amigos!

COND. (A Julia.) Vámonos, niña.

ALB. Sí, sí, vamos, vamos. (Vanse todos foro.)

ESCENA III

LETAR, solo

¿A qué vendrá esta gente? ¡Vive Dios que arrojara a todos por la obra muerta, para que fueran pasto de golfines! Mal día amaneció hoy. Mi amo salió prohibiéndome que le acompañara y no a vuelto todavia; Luis pregunta por él a cada momento. ¡Y esa mujer!... ¡Ah, la infame tiene la culpa

de todo! ¡Engañar de tal manera a mi hijo! Pobre grumete, que no surcó los mares de la vida. Tropezó en un escollo; pero por Dios vivo, que aún ha de salvarse.

ESCENA IV

DICHO y DON PEDRO, foro

PEDRO Letar. (Se sienta pensativo a la derecha.)

LETAR Señor. ¿Venís cansado? ¿Qué teneis?

PEDRO Nada. Cansancio no más. Déjame.

LETAR ¿Que os deje?

PEDRO Te lo suplico.

LETAR Es, señor... que debo saber...

PEDRO ¿Y mi hijo?

LETAR A cada momento preguntando por su padre.

PEDRO ¿Nada sabe?

LETAR Nada, a pesar mío. Y bien debeis agradecerme el silencio. Si no hubiera sido por vuestra orden, esta mañana lo hubiera sabido todo.

PEDRO ¿Qué?

LETAR Me llamó a su presencia. Estaba pálido, demudado. «Letar,—me dijo.—Tú has dicho que eres mi padre: como tal debes cumplir tu deber. Sé que conoces a mi esposa hace tiempo, cuando debió conocerla tu amo. ¡Vas a decirme cuándo y dónde la viste, te lo exijo!

PEDRO ¿Y tú hablaste?

LETAR Bien sabeis que no. Negué cuanto decía. Su enojo creció por momentos. ¡Mientes!, repetía; yo suplicaba. Se arrojó sobre mí y con brazo de hierro y atenazando mi garganta, gritaba: ¡Habla, habla! Nada sé, murmuraba yo, y me dejaba balancear por el mozo, hasta que seguro de que no hablaría, me arrojó sobre un sillón. ¡Maldito seas, cómplice infame!, dijo, y salió como un loco.

PEDRO ¿Adónde fué?

LETAR No lo sé. Ni podré decir lo que sentí aquí dentro. (El corazón.) Las lágrimas cegaron mis ojos. ¡Yo maldito por mi Luis, por mi hijo!

¡Nunca, nunca pensé que existiera tan grave dolor!.

PEDRO ¡Ven aquí, noble amigo, a mis brazos! (se abrazan.)

LETAR ¿Pero qué es esto? ¡Tembláis!... ¿Dónde habéis estado casi todo el día?

PEDRO No me lo preguntes.

LETAR Debo saberlo. Me digisteis que Alberto salió anoche para Roma y os creí; por eso, aunque cruzó por mi mente la idea de un duelo, la rechacé en seguida. ¿Me engañásteis acaso?

PEDRO Déjame.

LETAR Vuestro silencio os denuncia. Será la primera vez que habéis mentido. ¿Le habéis visto? ¿Os habéis batido?

PEDRO No pudo ser.

LETAR Pero...

PEDRO Ayer quedó concertado un duelo entre ambos. Salimos hoy al amanecer y esperamos en balde; no acudió. Sus padrinos nos dieron esta carta. (Saca una carta y lee.) «Dudoso y con temor, escribo estas líneas, pero creo dirigirlas a un caballero y esto me da aliento, que en otro caso, correría riesgo de que no las entendiera. En este momento parto para Londres. No achaque usted a cobardía en mí, si evito nuestro duelo, del cual seguramente nacería el escándalo; cumplo de este modo una palabra empeñada. Ayer prometí a Adela alejarme para siempre; ya comprenderá usted lo sagrado de esta promesa. Yo la cumplo, porque lo considero mi deber. Júzgueme usted a su antojo y como quiera. Alberto Copyl.»

LETAR ¡Cobarde!

PEDRO No, Letar; este hombre es noble, y al cumplir su palabra, da prueba de ello. ¿No comprendes que cualquiera que fuera el resultado de ese duelo, se averiguaría la causa y el escándalo sería inevitable?

LETAR Es verdad. Y después...

PEDRO Los amigos me hicieron subir a un coche y me llevaron a su casa. No me atreví a venir a la de mi hijo; temía sus preguntas. Allí pasé casi todo el día, perdido en un mar de confusiones, hasta que ya decidido a acabar

con esta horrible situación, he venido a buscar a mi hijo para decirle...

LETAR Lo que debísteis decirle ayer. Nada, mi idea. Haberle llamado y después de contarle hasta el menor detalle de la vida de esa infame alimaña, haberle abierto los brazos, que él hubiera sabido cumplir su deber.

PEDRO Resuelto estoy. He solicitado del ministro mi vuelta a Santo Domingo; salgamos de esta tierra adonde sólo vine para traer la desesperación de mi hijo. El vivía tranquilo.

LETAR El vivía sin honra y con ella le dejaremos. (Sale Prudencia primera izquierda.) ¡Ella!

ESCENA VI

DICHOS y PRUDENCIA

PRUD. (A don Pedro.) Señor, si tuviera usted la bondad de escucharme un momento. Deseo hablarle.

PEDRO Vete, Letar.

LETAR (A don Pedro.) A barlovento, señor. (Vase foro.)

ESCENA VII

DON PEDRO y PRUDENCIA

PEDRO Ya estamos solos.

PRUD. Anoche solicité, en mal hora esta ocasión. Hoy la logro cuando no la esperaba.

PEDRO Acabe usted.

PRUD. Sólo deseo implorar su compasión. Escúcheme usted, y si mis razones no le obligan, le obligarán mis lágrimas.

PEDRO Pretende usted con ellas acallar el sagrado derecho de la honra.

PRUD. Pretendo sólo redimir mis culpas con todo el dolor de mi alma. No he de recordar mi vida pasada, pero tampoco puedo ocultársela a usted. La huella del crimen nunca se borra, y cuando llegué a creer que el cielo velaba con nubes de caridad la oscura noche de mi pasado, aparece ante mí, man-

chando la frente de mi noble esposo. Pero no será. Usted que todo lo sabe, llegará a compadecerme; usted tendrá piedad de mí. ¡Por su hijo, a quien tanto ama!

PEDRO Por él, precisamente por él, seré inexorable.

PRUD. No es posible. El todo lo ignora y no se trata de engañarle: sólo de guardar silencio. Porque yo, la mujer impura de otro tiempo, he sabido de esposa guardar su honra, y antes moriría que venderla. Usted que tanto le ama, comprenderá mi deseo y callará. Sí, yo lo espero. ¡Que no sea su padre quien mate su dicha!

PEDRO ¿Qué dice usted? ¿Y no comprende que me pide un imposible?

PRUD. Con su silencio de usted, todo se concilia. ¡Sólo usted conoce mi falta; por cuanto ame cállela usted, señor!

PEDRO Nada amo en el mundo más que ese hijo y su dignidad es antes que todo. Y aunque intentara callar haciéndome cómplice de tanta alevosía, ¿no comprende usted que no se lograría tal propósito? ¡Anoche, al llegar a ese cuarto, me sorprendió juzgándome su amante de usted! ¿Verdad que esto es dolor? ¿Todos los que usted ha sufrido pueden compararse con el mío?

PRUD. ¡Oh, no! Porque el de usted no tiene fundamento. Pues qué, ¿yo la esposa honrada de Luis, no puedo llamar a su padre sin que se crea que me guía algún fin bastardo?

PEDRO Sí; pero esas reflexiones pudo usted hacérselas a su esposo cuando nos sorprendió y no huir, declarando con sus lágrimas una culpa que no existía, y dando con el silencio razón a su sospecha. Pero obró usted sin voluntad, sobrecogida por el pecado. Nada puede extrañarme eso, cuando yo mismo, al oir las acusaciones de mi hijo, temblé. ¡Parecíame que había adivinado lo que villanamente le oculto, y al oirle llamarme infame, me convencí a mí propio de que lo era, y mudo y desesperado, huí de su presencia!

PRUD. De modo que Luis...

PEDRO Luis sufre en este momento doble que nosotros; porque él me quiere con pasión y tam-

bién ama a usted. Pero vine resuelto a acabar de una vez con todo, y aquí le espero.

PRUD. Para decirle...

PEDRO Cuanto sé de mí, cuanto de usted sé.

PRUD. ¿No tendrá usted compasión?

PEDRO Para mi hijo.

PRUD. ¡Por Dios! (Arrodillándose. Aparece Luis en la puerta del foro. Prudencia se levanta. Al verle.) ¡Luis!

ESCENA VIII

DICHOS y LUIS, foro

LUIS ¡Ellos! ¡Calma! Déjenos usted, señora. Deseo hablar a mi padre.

PRUD. Luis... (Suplicante.)

LUIS ¡Vamos! (Severo.)

PRUD. ¡Ah, no saldré!

LUIS ¡Fuera he dicho! (Con enojo y señalando la puerta primera izquierda. Ella duda, quiere volver a suplicar, pero vencida por la actitud enérgica de Luis, vase llorando.)

ESCENA IX

LUIS y DON PEDRO

LUIS Siéntese usted.

PEDRO Pero...

LUIS Le ruego que se siente. Necesito una explicación clara y terminante de cuanto aquí ha sucedido. Ruego a usted que no trate de evadir mis preguntas, como evitó mi presencia.

PEDRO Hablas de un modo que... ¡Vive Dios! Soy tu padre, y...

LUIS ¡Pues si no lo fueras...!

PEDRO ¡Luis!

LUIS Necesito saberlo todo. Y ya que de ese viejo, de ese infame cómplice, nada pude lograr, tendré que pasar por la baja acción de ofender a mi padre, ya que la suerte quiere hacerme tan miserable, como todo lo que me rodea.

PEDRO ¿Qué dices...?

LUIS ¡Anoche... ya sabe usted lo que pasó; a qué repetirlo!

PEDRO ¿Y pudiste creer...?

LUIS Que tú eras él... ¡No, jamás! Pero luego vine en acuerdo de lo pasado. Prudencia se desmayó cuando te vió en esta casa; esto prueba que os conocíais antes. Yo te hablé de esto y no quisiste responderme. Ella tembló al saber que eras mi padre. Pero temblando y dolorida, no dudó en citarte a la noche siguiente. Tú acudiste a la cita; yo os sorprendí; tú huiste, ella sólo contestó a mis preguntas con lágrimas y suspiros. Ya ves si tengo razón para olvidar que eres mi padre!...

PEDRO ¡Basta, Luis! Yo no he huído de ti. Razones poderosas que sabrás luego, me alejaron de esta casa. Pero he vuelto a ella resuelto a darte el mayor dolor de tu vida, para que no dudes jamás de tu padre.

LUIS Mayor dolor que el que desde anoche trastorna mi cerebro, no cabe en el mundo.

PEDRO Mayores los hay; porque la verdad es más horrible, que cuanto puedas imaginar. ¿Cómo has de suponer, desdichado, que esa mujer que hoy es tu esposa, haya podido conocerla tu padre, en una impura casa de Biarritz?

LUIS ¿Qué has dicho? ¡¡Prudencia!!

PEDRO No es ese su nombre, se llama Adela, y fué amante del teniente Mendoza, a quien tú conociste.

LUIS ¡Jesús!

PEDRO Y le abandonó por otro, y Letar la conoció lo mismo que yo, y tuvimos que intervenir para evitar un lance entre ellos.

LUIS ¡Calla, calla, padre mío! ¿Pero qué estás diciendo; estás loco?

PEDRO ¡Ojalá lo estuviera! Así no me vería obligado a destrozar tu felicidad... Y ella me reconoció, por eso se desmayó al verme.

LUIS ¿Pero estás cierto de lo que dices?

PEDRO Y en tu propia casa encontré también al amante con quien se escapó.

LUIS Y ese hombre, ¿quién es?

PEDRO Te fué presentado anteanoche.

LUIS ¡Ah, Copyl! ¡En mis manos...!

PEDRO — Es tarde. Yo le sorprendí hablando con Adela y quedó concertado un duelo; faltó a la cita y sus padrinos me dieron esta carta. Esta fué la poderosa razón que me sacó de tu casa al ser de día. (Le entrega la carta, que Luis lee para sí; pequeña pausa.)

LUIS — ¡Jesús! ¡Jesús, qué infamia!

PEDRO — Y ahora dime: ¿Puedes ultrajar a tu padre?

LUIS — ¡Ah! ¡Perdón, padre mío, perdón! Pero déjame que domine mis ideas. Tú... ¿No has podido engañarte? Han pasado tantos años desde que la viste.

PEDRO — ¿Tan ciego estás que aún dudas?

LUIS — ¡Es que la duda es mi alma, mi única esperanza! ¡Déjame dudar para que viva!

PEDRO — Llámala y ella te dirá si miento.

LUIS — Sí, sí; quiero que hable. Ha de decir la verdad.

PEDRO — Yo me retiro. No quiero ejercer presión sobre sus palabras. Escúchala, sábelo todo y luego... luego, hijo mío, ven a los brazos de tu padre. (Vase foro. Luis corre a llamar a la primera puerta izquierda.)

LUIS — Prudencia. (Sale ésta.)

ESCENA X

LUIS y PRUDENCIA

LUIS — ¡Ven aquí! Mi padre me ha dicho que mi esposa Prudencia...! Si no acierto a repetirlo. ¡Si la vergüenza ahoga las palabras, y mis manos crispadas se aferran a mi garganta para ahogarlas más pronto, y toda mi alma se revela contra tan infame calumnia! Y sin embargo, es preciso que yo te lo diga, que te ofenda, que te pida explicaciones de tu vida, porque es la mía; de tu honra, porque es la mía también; de tu pasado porque puede afrentar mi presente!

PRUD. — ¡Ay, Luis!

LUIS — No llores y habla. ¿Has oído a mi padre? ¿Sabes lo que dice, lo que afirma, lo que asegura?

PRUD. — ¡Ay!

LUIS ¡No, lágrimas no! Si te he dicho que no llores, que hables; que desmientas todo lo que dice mi padre.

PRUD. ¡Perdón! (Cayendo a sus piés.)

LUIS ¡Ah! ¡Era verdad! ¡Infame, en mis brazos!... (Va a arrojarse sobre ella. Don Pedro sale rápidamente y le detiene.)

ESCENA XI

DICHOS y DON PEDRO

PEDRO Luis. ¡Un hombre de honor podrá ser un desdichado, pero nunca un asesino!

LUIS ¡Padre!

PEDRO No añadas a tu desventura la villanía de poner tu mano sobre una mujer, porque llegaré a avergonzarme de mi hijo!

LUIS ¡Tú, padre mío!

PEDRO Tu dignidad ultrajada pide venganza; pero noble y franca. Ten calma para hacer justicia y serás digno. Ten compasión del pecado y serás justo. Que ella hable, óyela, y después deja hacer a tu conciencia, que ella dictará en razón.

LUIS Sí, sí. Debo, quiero oirla, apurar el dolor, saberlo todo. Hable usted, señora, hable usted.

PRUD. No puedo.

LUIS ¿No puedes? Yo te ayudaré. Alza. (Obligándola a levantarse.)

PEDRO ¡Luis! (Interponiéndose.)

LUIS No, no temas, padre mío. ¿Me pides calma? Yo también sabré tenerla (Sentándola y sentándose a su lado.) Así. Ahora, habla.

PRUD. ¡Luis mío!...

LUIS ¡Tuyo! ¡Mentira! ¡Yo soy el esposo de Prudencia, la buena, la santa, la honrada! ¡Prudencia ha muerto; tú eres una infame que ocupa su puesto! ¡Pero tal como eres, has de decirme la enormidad de tus maldades, que no alcanza mi mente a concebir!

PRUD ¡Piedad!

LUIS ¡Habla y no ruegues, porque tus ruegos son ultrajes!

PRUD. Mi única falta ha sido amarte.

LUIS ¿Pero qué dice esta mujer?

PRUD. Ya es preciso que te lo cuente todo. Yo nací en París; ignoro quiénes fueron mis padres. Sólo entre los vagos recuerdos de mi infancia, llego a tener idea de una vieja que me obligaba a pedir limosna. Luego una casa, en que, sin duda, se reunían gentes de mal vivir. Después la cama de un hospital. Más tarde una noche en que me hallé sola enmedio de la calle y un portal donde me acogí temblando de frío; una mujer que me ofrece su casa y después me propone un infame comercio. Muchas lágrimas, muchas inicuas razones y por fin...

LUIS ¡Y has sido mi esposa tú!

PEDRO ¡Por Dios! (A Luis.)

PRUD. Aquella mujer me manejó a su antojo; medio embriagada caí, y cuando desperté me encontré en una casa donde se ostentaba el lujo más esplendente. «Esta es la dicha», me decía aquella mujer, pero mi alma repetía: «Esta es la muerte.»

LUIS ¡Ah, cómo sabes defenderte!

PRUD. ¡No, defenderme, no! Pero acaso no sea tan infame como aparezco a tus ojos.

LUIS Sigue.

PRUD. En aquella casa conocí a tu padre, que nos escucha, y él te dirá...

LUIS Lo sé. Y también al teniente Ricardo con quien huíste, para luego abandonarle por otro acaso más rico.

PRUD. No fué así, Luis, no fué así. Aquel hombre, a quien también conocí en aquella casa maldita, decía que me amaba. Yo le había rogado que huyera conmigo; miramientos de familia se lo impedían. Pero al saber que yo había huído con otro, me buscó y me propuso lo que yo tanto le había rogado. Accedí, temerosa de su venganza, y abandoné al hombre que tan noblemente se había portado conmigo. Salí con Alberto.

LUIS ¡Era Alberto!

PRUD. Sí. Fuimos a Londres, allí pasamos algún tiempo. Un día recibí una carta de su padre, en la que me decía, después de muchos in-

sultos, que le dijera que fuese a recoger el último suspiro de su madre. Tuve una idea y la llevé a efecto. Recogí cuantas joyas y dinero pude y salí de aquella casa, dejándole la carta sobre la mesa, para que al verse abandonado por mí, y saber que estaba expirando su madre, corriera arrepentido al lado de su familia.

LUIS ¿Después?...

PRUD. Fuí a Roma, buscando un punto donde nadie me conociera. Quería vivir honrada.

LUIS ¡Honrada!

PRUD ¡La época más feliz de mi vida! Un pobre a quien yo socorría, me habló de un anciano grabador que había quedado ciego y vivía con su hija, viuda de un desdichado artista; enferma y en la mayor miseria. Fuí a verlos. Entonces murió la hija del ciego. El padre atentó contra su vida; pude detenerle cuando intentaba arrojarse por una ventana, y resolví no separarme jamás de él, si me concedía el lugar de su hija.

LUIS ¡Eso osaste pretender!

PRUD. Eso conseguí, después de negarse el infeliz infinitas veces.

PEDRO ¡Cedió al fin!

LUIS Y se hizo cómplice de tus maldades.

PRUD. No ultrajes su memoria. Yo le conté todas las desdichas de mi vida. Me compadeció y llegamos a España donde tomé el nombre de Prudencia. Tú me hablaste, y un puro amor palpitó en mi pecho. Se lo dije al anciano y me mandó olvidarte; pero no pude: ya te amaba. Le hablaste tú y tampoco te dijo la verdad. Se oponían a ello, el cariño, el agradecimiento que por mí sentía

LUIS ¡Hasta la virtud ayuda a la infamia!

PRUD. Cuando tu viaje a París, cayó enfermo. Me dijo que te llamara, sin duda, para decirte la verdad; pero cuando llegaste acababa de expirar. Yo ví asegurado de nuevo mi secreto, creí que nunca se descubriría. Esto es cuanto puedo decirte, estas mis desdichas, esta mi culpa. (Pausa)

PEDRO ¡Mísera humanidad! ¡Buscando el bien, llegó usted a cometer la mayor infamia! Y aho-

ra, hijo mío, su triste relato, ¿no te muestra más la desgracia que la culpa? ¿Serás inexorable, duro, acaso cruel con esa desventurada?

PRUD. ¡Usted ruega por mí! ¡Gracias, señor, gracias! ¡Perdón, Luis, perdón! ¡Callas! ¡Evitas mis miradas! ¡Corren lágrimas por tus mejillas! ¡Ah, Dios mío, si habré logrado su perdón!

LUIS ¡Sí, infeliz, el mío, sí!

PRUD. ¡Bendito seas!

PEDRO ¡Bien, hijo mío!

LUIS Aquí en mi alma he compadecido tus desdichas, he aquilatado la virtud de tu corazón. El mío te perdona. Tanto has sufrido, que eres digna de ello. Pero contra todos estos sentimientos de piedad, están las leyes del mundo. Tú, padre mío, que me ruegas por ella, y tú misma que tanto dices amarme, no podéis consentir que sea la mofa de todos, y que al verme se codeen unos a otros murmurando en voz baja: «Ese, ese es el marido de la que en otro tiempo...» ¡No, no es posible!

PRUD. ¡Qué horror!

PEDRO Tienes razón.

LUIS Tú has sido muy desgraciada, pero también muy culpable. Si hubieras seguido los consejos de aquel anciano, no serías mi esposa, pero no me hubieras puesto en el caso de que, una vez enterado de lo ridículo y afrentoso de mi situación, piense tal vez en ponerla término con mi vida.

PRUD. ¿Qué dices?

PEDRO ¡Luis!

LUIS Que yo puedo perdonarte, pero el mundo no perdonará a ninguno de los dos. Y ya espera con afiladas uñas saber la verdad de nuestra afrenta toda esa sociedad, más vil en sus palabras, que tú en tus desventuras; ansiando hacer girones de mi honra, para arrojármelos a la cara. ¡Que esto sólo tiene una solución!

PRUD. ¡Mi muerte!

LUIS No, infeliz. Yo sé mi deber. Yo sabré cumplirlo. ¡Mi vida importa poco!

PRUD. ¡Oh, jamás!

PEDRO ¿Qué dices, desventurado? ¿Has de caminar de error en error? ¿De asesino en suicida? ¿Estás loco? Vuelve en ti. La vida es la lucha La razón debe vencer a la desgracia. ¡Morir por no sufrir, qué cómodo sería, si el suicidio no fuera el más cobarde de los crímenes! ¿Quieres venganza de tu engaño? ¿Quieres castigo de su pecado? Pues búscalo noble y digno. Te dije antes «perdona», ahora te digo; ¡huye lejos de ella!

PRUD. ¿Qué?

PEDRO En el mundo existe algo sublime, algo que sólo Dios rige. El mar. Yo vuelvo a él, sígueme, hijo mío, y allí, lejos de esta tierra sembrada de traiciones, podras vivir en calma.

LUIS Sí, padre mío. El sacrificio de mi vida, sería una cobardía. Vamos. Y allí, lejos de la que tanto amé... de la que tanto amo...

PRUD. ¡Luis! (Abrazándole.)

LUIS ¡Aquí, junto a mi corazón! Guarda en tu memoria mis palabras, porque no volveremos a vernos en la vida. Yo te perdono; pero mi dignidad te abandona. Leyes sagradas del honor, que es antes que la vida, nos separan. ¡Lejos de ti seré yo respetado y tú compadecida de todos! ¡Adiós!

PRUD. ¡Ah! ¡Me abandonas!

PEDRO ¡Justicia! (A ella.)

PRUD. ¡Mátame primero!

PEDRO Vamos. (A Luis.)

PRUD. ¡No saldrás! ¡Ten piedad de mí! ¡Mírame a tus plantas! ¡Luis!

PEDRO ¡Dejadle, señora, dejadle!

PRUD. ¡No! ¡Primero pasará sobre mi cuerpo! ¡Tú eres mi vida entera; sin ti, quiero la muerte! (Abrazada a él.)

LUIS ¡Suelta!

PRUD. ¡No! (Luchando con él.)

LUIS ¡Es preciso! ¡Arráncala de mis brazos, padre mío!

PEDRO ¡Señora!

LUIS ¡Adiós! (Logra desasirse de Prudencia y sale rápidamente por el foro. Don Pedro le sigue. Prudencia corre a la puerta, pero ellos, ya la han cerrado.)

ESCENA ULTIMA

PRUDENCIA

¡Ah, se va! ¡Cerrada! ¡Y esta puerta no cede, no cede! (Golpeándola.) ¡Maldita yo, que fuí causa de su desdicha! ¡Ay, me faltan las fuerzas! ¡Mi vista se nubla! ¡Si fuera la muerte! .. ¡Qué alegría! ¡Mi Luis, a quien tanto amé, me abandona! ¡El me abandona! ¡Sola, sola otra vez! ¡Mísera de mí! (Cae al suelo. Esta escena rapidísima. Cae el telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Obras del mismo autor

Venganzas reales, drama en un acto y en verso, original.

Recuerdos, leyenda en un acto y en verso.

Una noche, sainete en un acto y en verso, original.

El día de San José, sainete en un acto y en verso, original.

Jaime el Soberbio, leyenda dramática en cuatro actos y en verso, original.

La hija del cochero, comedia en dos actos y en prosa, original.

Casa con dos puertas mala es de guardar, refundición en tres actos.

En mar de fondo, comedia en tres actos y en prosa, original.

Precio: DOS pesetas

